



ETAPAS DE UN PEREGRINAR



FRUTOS DEL ESPÍRITU

Sebastián Gayá Riera

Prologado por Mns. José Ángel Saiz Meneses, obispo de Terrassa



Desde diciembre de 1945 y hasta diciembre de 1946 se publicaron en Proa, la revista de los jóvenes de Acción Católica de la Diócesis de Mallorca, una serie de artículos mensualmente. Bajo el título genérico de Etapas de un peregrinar sirvieron de preparación, "norma y pauta, si pareciere bien, para las reuniones de estudio del mes", en todas las parroquias de Mallorca, para la peregrinación a Santiago de Compostela de 1948.

Con la recopilación y edición de este pequeño pero enjundioso libro, pretendemos hacer un regalo a D. Sebastián Gayá, autor de las Etapas de un Peregrinar cuando se cumplen 60 años de su primera salida a la luz. Con la particularidad de que las Etapas van comentadas por sacerdotes que un día tuvieron un encuentro con Jesucristo en un Cursillo de Cristiandad, donde también se fraguó su vocación. Infinidad de laicos y otros sacerdotes entregados al Movimiento de Cursillos comentaría excelentemente estos artículos que van directos al corazón peregrino del cristiano. Pero el denominador común de los que escriben y que los une, es lo que da pie al subtítulo del libro. Frutos del Espíritu, sacerdotes fruto del Espíritu y el Sopro procedente de aquellas Etapas de un Peregrinar.

El libro se completa con un prólogo de Mns. José Ángel Saiz Meneses, obispo de Terrassa y un testimonio de la Hermana Clarisa Almudena Blanca (Lerma, Burgos).

ETAPAS DE UN PEREGRINAR



Frutos del Espíritu



ETAPAS DE UN PEREGRINAR
FRUTOS DEL ESPÍRITU



Sebastian Gaye



Gracias a Mns. José Ángel Saiz Meneses, obispo de Terrassa por su generosidad y disponibilidad.

Gracias a Jordi Girau por su total implicación desde el principio hasta el fin.

Gracias a Héctor Javier García Mediavilla, Fernando Fernández de Bobadilla, Manel Homar Toboso, Pedro Pérez Lozano, Miguel Sebastián Romero, Antonio Diufaín Mora, Manuel Aurelio Lorente Álvarez y Almudena Blanca, que demostraron su amor a Sebastián e identificación con el libro.

Gracias a Carlos de Miguel y Eduardo Palanca ilusionados y siempre dispuestos con el proyecto.

Gracias a Goyi Cerro y Francisco J. Jiménez Flores que dieron alas a las “Etapas”.



Idea original de Inmaculada Valle.

Diseño y Coordinación Paco Sanz.

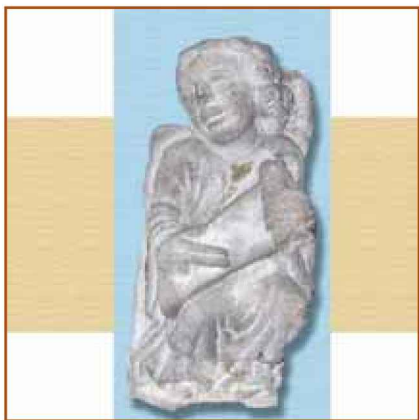
Fotografías, Paco Sanz, Carlos de Miguel, Casimiro Torrero y Cristina Sanz.

Imprime: CTR Gráficas. Nieremberg, 27 - 28002 Madrid. - Tel.: 91 5199516.

ISBN: 84-609-3739-9

Depósito Legal:





*“Los peregrinos van andando, andando, andando.
Menos mal que llegan... Y es la Salvación”*

Rut Sanz de 8 años a su prima Alicia de 5, a propósito de la peregrinación a Santiago de la Diócesis de Madrid, encabezada por el Cardenal Rouco en julio-agosto de 2004, a su paso por Luarca (Asturias)

Ángel de la Anunciación. Parroquia de Corticela (Catedral de Santiago de Compostela)

ÍNDICE

<i>PRÓLOGO. Mns. José Ángel Saiz Meneses. Obispo de Terrassa</i>	<i>9</i>
<i>ETAPA I. EN MARCHA PEREGRINOS</i>	<i>12</i>
<i>EN MARCHA HACIA EL IDEAL. Héctor Javier García Mediavilla</i>	<i>15</i>
<i>ETAPA II. LA GRACIA DEL PEREGRINO</i>	<i>18</i>
<i>LA GRACIA DEL PEREGRINO. Fernando Fernández de Bobadilla</i>	<i>22</i>
<i>ETAPA III. FUENTE EN EL DESIERTO</i>	<i>26</i>
<i>FUENTE EN EL DESIERTO. Jordi Girau Reverter</i>	<i>29</i>
<i>ETAPA IV. CAYADO, BRÚJULA, NORTE</i>	<i>32</i>
<i>CAYADO, BRÚJULA, NORTE. Manel Homar Toboso</i>	<i>35</i>
<i>ETAPA V. LOS "BACHES" DEL CAMINO</i>	<i>38</i>
<i>LOS "BACHES" DEL CAMINO. Pedro Pérez Lozano</i>	<i>41</i>
<i>ETAPA VI. LA CABEZA DE LA PEREGRINACIÓN</i>	<i>44</i>
<i>LA CABEZA DE LA PEREGRINACIÓN. Miguel Sebastián Romero</i>	<i>48</i>
<i>ETAPA VII. LA VIDA DEL PEREGRINO</i>	<i>52</i>
<i>LA VIDA DEL PEREGRINO. Antonio Diufaín Mora</i>	<i>55</i>
<i>ETAPA VIII. ITINERARIO DEL PEREGRINO DE CRISTO</i>	<i>58</i>
<i>TRIPODE. Manuel Aurelio Lorente Álvarez</i>	<i>61</i>
<i>RESCATADA EN LA ORACIÓN PARA RESCATAR</i>	<i>66</i>
<i>Almudena Blanca (Hna. Clarisa)</i>	



PRÓLOGO

Al leer de un tirón en los viejos ejemplares de la revista PROA la serie de artículos titulada ***Etapas de un peregrinar*** publicada a la sazón por don Sebastián Gayá, sorprende que aquel escuálido papel prensa de la posguerra haya resistido tanto tiempo sin arder y consumirse -tanto fuego contienen!- y, a la vez, se entiende por qué, a poco de empezar los Cursillos, un periódico local mallorquín titulara una crónica sobre las novedades religiosas de la isla: *Mallorca s'ha pegat foc! (¡En Mallorca ha prendido fuego!).* Es que su autor empapaba la pluma no de la tinta de los teólogos o de los poetas, sino del cielo de Aquel que dijo: *He venido a prender fuego en la tierra, ¡y nada deseo tanto como que arda!*

Sebastián Gayá Riera, sacerdote y canónigo de la diócesis de Palma de Mallorca, ha desempeñado por providencia de Dios un singular papel en los orígenes y en todo el desarrollo del Movimiento de Cursillos, lo que le convierte en figura insigne de la historia de la Iglesia del siglo XX. Con toda justicia el *Estatuto del Organismo Mundial de Cursillos de Cristiandad*, aprobado por la Santa Sede en Pentecostés de este año, cita su nombre, al hablar del Grupo de los Iniciadores, junto a los de Juan Hervás y Eduardo Bonnín.

Nació en Felanitx (Mallorca) el 30 de julio de 1913. Tras la primera infancia, transcurrida con sus padres emigrantes en Argentina, ingresó a los trece años en el seminario de Palma de Mallorca, cursando sus estudios con brillantes calificaciones. El 22 de mayo de 1937 fue ordenado sacerdote. Durante la guerra civil, además de algunos servicios de confianza como capellán de la Capitanía General mallorquina, creó seis Centros Castrenses de Acción Católica, elaborando el Reglamento por el que se regieron dichos centros en toda España. Apenas desmovilizado en 1939 fue designado catedrático del Seminario, permaneciendo en esta responsabilidad hasta 1956. Ocupó muchos otros cargos en diferentes obras diocesanas de piedad y apostolado, en colegios e institutos, y en la organización de la enseñanza religiosa y la catequesis, de las misiones populares y de los Años Marianos de 1948 y 1954. Siguió trabajando en diversos Centros Parroquiales de Acción Católica y en el Interparroquial Universitario. El 12 de octubre de 1944 fundó la Escuela de Propagandistas del Consejo Diocesano de los Jóvenes de Acción Católica de Mallorca, de la que más tarde nacerían los Cursillos

de Cristiandad. En 1947 fue nombrado Consiliario Diocesano de los Jóvenes de Acción Católica por el Arzobispo Obispo don José Miralles, a instancias del Obispo Coadjutor, don Juan Hervás.

Al tomar posesión de la diócesis mallorquina en diciembre de 1947, Monseñor Hervás le nombró Canciller-Secretario de Cámara y Gobierno. Por entonces don Sebastián ya llevaba tiempo impulsando desde la Escuela la preparación de la juventud isleña para la Peregrinación de verano del 48 a Santiago de Compostela. Así, junto con Eduardo Bonnín y los demás Iniciadores de Cursillos, trabajó en la gestación del Método evangelizador que, conforme a su lema "*Para Santiago santos. Después de Santiago: ¡Santos y apóstoles!*", ha dado origen a este Movimiento eclesial hoy extendido por los cinco continentes. Intervino en el Primer Cursillo de Cristiandad (San Honorato, 7-10 de enero de 1949) presidiendo la clausura en nombre del Obispo. En ella proclamó aquel profético: *¡Mayores cosas veréis!* Cuando más tarde le fueron encomendadas superiores responsabilidades eclesásticas, los cursillistas de Mallorca le proclamaron en PROA su "*Consiliario perpetuo*".

Por mandato de la Jerarquía, el año 1956 se trasladó a Madrid para dedicarse a la dirección de la Comisión Católica de Migraciones, desde la que también impulsó la expansión internacional del Movimiento de Cursillos de Cristiandad invitando a los futuros capellanes de nuestros emigrantes a participar en Cursillos antes de marchar al extranjero. Al ser creado el Secretariado Nacional en 1962, el Director del mismo, Monseñor Hervás, entonces obispo de Ciudad Real, solicitó de nuevo su colaboración como Vicedirector, y actualmente, tras innumerables servicios, continúa en la capital de España trabajando en el cargo de Viceconsiliario Nacional. En 1977 fundó, con un grupo de laicos, la fecunda Escuela de Dirigentes de San Pablo, integrada en el Secretariado Diocesano de Madrid. A sus 91 años de edad sirve todavía en Cursillos con las fuerzas que Dios le da.

El presente libro contiene los ocho artículos compuestos por don Sebastián que, bajo el título general *Etapas de un peregrinar*, aparecieron publicados en PROA desde diciembre de 1945 hasta junio del 46. Un estudio detenido de sus contenidos, como el que realicé para mi obra *Génesis y teología del Cursillo de Cristiandad*, evidencia la gran coincidencia -casi identidad- de los temas que ya entonces proponía para la formación de sus aprendices de peregrino con las ideas-fuerza y aún con los rollos y

meditaciones del futuro Cursillo de Cristiandad: I. *¡En marcha, los peregrinos!* (la santidad); II. *La gracia del peregrino* (la vida de gracia); III. *Fuente en el desierto* (los sacramentos); IV. *Cayado, brújula y norte* (la oración); V. *Los “baches” del camino* (el pecado); VI. *La cabeza de la peregrinación* (Cristo, cabeza del Cuerpo Místico); VII. *La vida del peregrino* (como comunión con Cristo y comunicación de Él a los hermanos).

De su lectura se desprende, como he dicho antes, puro fuego. Junto con la *Hora Apostólica de la Guía del Peregrino* y el Congreso de Lluch, ambos obra suya también, estos artículos son testimonio visible de la dedicación del joven sacerdote a la formación y a la vida espiritual de sus juventudes. La peregrinación misma de agosto de 1948, con sus 700 participantes mallorquines, y los 22 Cursillos “de conquista” (así empezaron a llamarse hasta que don Juan Hervás los rebautizó “de cristiandad”) que se celebraron en la isla cada año desde enero del 49 hasta el traslado de Monseñor Hervás a Ciudad Real, son fruto patente de ese fervor.

Cada una de las Etapas va acompañada en el libro por un breve comentario escrito por un sacerdote -de las diócesis de Madrid, Toledo, Terrassa y Cádiz- cuya vocación surgió en el seno de Cursillos. Todos amigos de Sebastián, como yo mismo. No están todos los que son, pero los que están, con sus condensadas muestras de gratitud y afecto, constituyen un testimonio más de su fecundidad.

Es un gozo para mí presentar esta bella publicación el mismo año en que la Santa Sede ha confirmado oficialmente el carisma de Cursillos de Cristiandad, en el 60 aniversario del comienzo de la Escuela que los engendró. En el porvenir, el fruto del Movimiento dependerá de la inteligente fidelidad al carisma inicial y del fervor de sus componentes. Como dijo Sebastián, y no ha dejado de decir durante su larga vida sacerdotal: “**¡Santos y Apóstoles!**” Se lo encomiendo a la “Mare de Déu de Lluch”, madre de los peregrinos de Cursillos. Con mi afectuosa bendición.



Msn. José Ángel Saiz Meneses. Obispo de Terrassa

ETAPA I

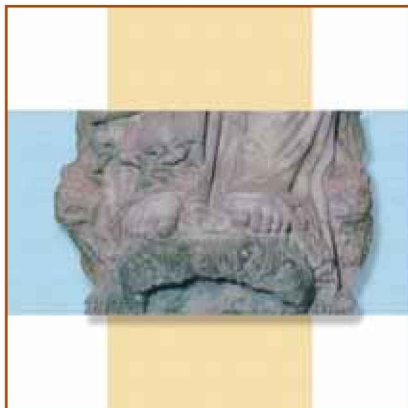
¡EN MARCHA, LOS PEREGRINOS!

1º

Cuarenta años de un caminar anhelante llevaba el pueblo de Israel, cuando, después de su liberación de la esclavitud egipcia, pudo acampar en la Tierra Prometida, ansia de sus ilusiones, término de su itinerario.

Y en recuerdo de aquellos años de camino, cuando acontecía celebrar su recuerdo, en las fiestas pascuales, comía el Cordero, símbolo de su independencia y clarín de su peregrinación. Y lo comía, atadas las sandalias, probablemente de pie y empuñando el báculo del viaje. Estaban prestos a reanudar su ruta infatigable.

Toda la historia de Israel, con sus hecatombes y sus apogeos, era sombra y signo y aviso de una realidad. Y en esa página de inquietud y nomadismo, hay también su clara lección. Aquello era gritar a los oídos de los mortales todos, la verdad que formulará luego San Pablo, el peregrino incansable del mundo antiguo, en búsqueda de almas: "Esta nuestra casa terrestre es como una tienda" de campaña para



Pies del Apostol Santiago (Catedral de Santiago de Compostela).

el soldado, o como una tienda de marcha, para el alpinista. Cuando esta tienda se derrumbe, "tenemos un edificio, obra de Dios; una morada no labrada por manos de hombres", sino construida por el Arquitecto de la eternidad...

¡Si el mundo llegara a percatarse, Señor, que aquí solo tiene el destierro que conduce al oasis; y que sólo ha llegado deportado a esta tierra para que esta tierra le sirva de pórtico a la Patria del mas allá!

Por eso somos, nada más, viandantes. La Teología nos llama "viadores", es decir, seres que estamos en vía, en camino: el camino que, con mas o menos posadas de

paso, nos lleva a la eternidad. Por eso San Pablo, en su carta a los hijos de Corinto, establece esta consigna, como cicerone, caudillo y conductor de peregrinos: "Por la fe caminamos": *somos caminantes cuantos recibimos la fe del Señor.*

2º

¿Cuál es la meta? ¡Dios!

Sin embargo, a lo largo del camino, el que ha jurado a Dios odio sin treguas, nos ofrece miradas con panoramas de embeleso. E ingenuamente, como Pedro en el Tabor, los turistas quisiéramos fijar aquí el término de viaje: "¡Que bien se está!" Las serpientes silban en cualquier ribazo del camino silbos encantadores. Y las sirenas del mar cantan en las rompientes de las olas, vestidas con mantos de seda azulada, como aquella "Ruixamantells" que immortalizó Costa y Llobera.

Y no es posible escuchar su voz. El alpinista que ha subido al risco imponente, esparce la vista en abanico; admira el valle, y las fuentes que se persiguen, y las águilas que se hunden en los cielos. Todo aquello es bello; pero, cuando el sol se precipita en el mar, también él deja su risco... y reanuda su marcha.

Así el hombre: los riscos y las perspectivas son -¡deben ser!- sólo espuela y acicate y aperitivo para los panoramas en

que, al término de la vida, irá a dar. *¡En marcha hacia Dios!*

3º

¿Cómo llegar? ¡Santos! Porque Dios es el Santo de los Santos; es la Santidad. Y en sus mansión- patria de los hombres romeros- sólo caben los que llevan en el alma un reflejo de su santidad.

Por eso Jesús a los apóstoles, a los discípulos, a los mercaderes y a los soldados y a los doctores y a los labriegos -¡a todos!- pudo dar su encomienda: "¡Sed santos como lo es vuestro Padre que está en los cielos!"

Por eso los santos han peregrinado constantemente, aún cuando vivieran reclusos y enclaustrados entre las paredes de un monasterio, o subidos a una columna del desierto, porque, día tras día, sin saber de descansos ni desalientos, han ido llenando y cumpliendo las etapas del camino de santidad.

Por eso todos, al llegar a la meta para sentarnos en el banquete del Rey, *debemos llevar la vestidura nupcial de la santidad*, so pena de ser arrojados a las tinieblas, al caos, a las penas sin fin.

4º

Y ese es el sentido espiritual y hondo de nuestra peregrinación a Santiago.

Santiago fue el peregrino audaz que llevó su temeridad hasta el Finis Térrae-Finisterre,- el extremo de nuestra tierra española. Fue el peregrino, maestro de todos los peregrinos ibéricos.

Y Santiago ha sido, en largas centurias cristianas, el sepulcro amado de penitentes y romeros. Toda la cristiandad caminó hacia la tumba del Peregrino.

Y al lanzar hoy la Juventud Católica de España, ese anhelo de peregrinación a Santiago, afirma y jura, más que llegar ante los despojos del Apóstol, hacerse peregrina de un incesante caminar hacia Dios por las sendas de la santidad.

Iremos a Santiago, es decir: iremos a ser santos; peregrinaremos hacia el ideal; caminaremos hacia Dios.

Ni un día más de espera. No busquemos ya más en los mesones y posadas. Infatigablemente, incansablemente, cogemos el cayado y la concha; atamos las sandalias, y emprendemos la romería.

Somos una legión de peregrinos. ¡En marcha, los romeros! ¡En marcha, los aspirantes a la santidad!

Si os sorprende la noche de un desánimo, levantad los ojos a esos cielos que la noche empavesaba de estrellas, y aún en la noche veréis lucir como una esperanza y aguijón del caminante, el camino de Santiago, que es el polvo de los romeros que un día fueron vanguardistas nuestros, hacia el Santiago de la santidad.

¡Corazón que vibras, no duermas! ¡Juventud heroica, no descanses! ¡Altos los ojos! ¡Alto el propósito! ¡Firme el paso!

¡Señor, danos ya el báculo de peregrinos!



Sebastián Gayá Riera, pbro.



EN MARCHA HACIA EL IDEAL

¡Bendito seas Señor, Dios fiel y bueno que has tenido misericordia de cada uno de nosotros, tus pequeños! ¡A Ti la Gloria por los siglos!

La alabanza es lo primero que surge en mi corazón al saberme tan privilegiado por haber tenido la inmensa gracia, como muchos otros, de encontrar en mi vida al Resucitado. Una vivencia que nos pone en camino, en marcha, porque se renueva en el seguimiento de quien no se ha detenido en su caminar por la historia, y además se convierte en promesa de mayor plenitud. El texto “¡EN MARCHA PEREGRINOS!” es el inicio de la preparación para peregrinar a Santiago. Su autor, Sebastián Gayá, peregrino en esta vida, desde su vivencia espiritual anima y alienta la experiencia y la enmarca mostrando como toda vida cristiana es precisamente eso mismo, camino, peregrinación. Al leerlo surgen irremediablemente los ecos en el interior de la propia experiencia. Efectivamente por la fe nos vemos lanzados a caminar, como Abraham, que escuchó la llamada a salir de su tierra hacia una que el Señor le mostraría. Esta vivencia es común, por eso siempre se ha considerado la historia del éxodo de Israel, en sus 40 años de caminar por el desierto, como tipo de la peregrinación de la vida de cada cristiano. Encontramos que la historia de salvación universal nos revela nuestra propia historia de salvación.

Otra vivencia que recoge es la de sabernos de paso en esta tierra. Para quienes podemos decir con el apóstol Juan que hemos contemplado la gloria del Hijo Unigénito del Padre¹, nuestros cuarenta años de desierto, nuestra vida, se convierten en el lugar del acontecimiento salvador, es el lugar del enamoramiento, donde el Señor nos lleva para conquistarnos, para seducirnos, como nos anuncia el profeta Oseas². Con todo, sabes claramente que la meta no está aquí, que el Dios que te sale al encuentro y te conquista no se detiene, y por tanto no tienes ciudad permanente sino pequeños campamentos temporales en los que el Señor también pone su tienda³, pero sólo hasta el momento de levantarla y avanzar hasta la siguiente etapa, siguiendo el camino que el Señor marca⁴. Por eso, siendo esta vida apasionante, caminamos con el corazón en la meta. Meta que es Dios mismo, el Dios vivo.

Es cierto también el hecho de que a lo largo del camino aparece la tentación de instalarse, de no levantar la tienda, de permanecer en un lugar. Hay veces que convertimos en dioses lo creado, especialmente si no se ha conocido la hermosura de quien nos espera en la meta. Las bellezas de este caminar que efectivamente deben ser acicate con facilidad las ponemos por delante de la marcha. Ya el libro de la Sabiduría⁵ nos pone ante esta pobre mirada del mundo que frecuentemente tenemos la raza humana. Pero tantas veces, aún habiendo conocido a quien nos creó para sí, aparece la tentación de no salir a caminar, de no desmontar la tienda y salir a la intemperie. La tentación de quedarnos donde se nos ha dado un pequeño consuelo o descanso. Pensamos poder atrapar al Señor de la historia en ese pequeño recodo, aún peor, en nuestras pequeñas cosas o esquemas, pero Él no se detiene, sigue caminando, sale a buscar continuamente a toda oveja perdida.

El texto nos pone ante una exigencia irrenunciable de la vida cristiana: la santidad como pretensión, el deseo de llegar santos a la meta. Sabemos que es un traje que no nos pertenece, que nos es dado llevarlo, que otro lo ha ganado para nosotros, pero se nos pide conservarlo hasta la meta. Muchas veces no obstante el peregrino de la fe se ha sentido indigno, infiel y se derrumba en la barca a los pies de su Señor y con lágrimas en los ojos clama desde el corazón con el apóstol Pedro: *“Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”*⁶. Pero ante esta confesión sabe que es levantado, cubierto de besos y de nuevo recobra el anillo, las sandalias y el vestido de hijo⁷, que es el del Hijo, el que Él le entrega para poder asistir al banquete de bodas⁸.

Así el texto nos invita a peregrinar como un hito de la verdadera peregrinación. Efectivamente todo caminar de nuestra vida es parte del peregrinar al Ideal, peregrinar hacia Dios. Todo peregrino, todo misionero, todo apóstol vive como ha de estar siempre dispuesto, ligero de equipaje, presto a seguir al Señor en su peregrinar por la historia, participando en su misión, convocando constantemente, llamando a los hombres y mujeres que encuentra en su caminar, a subir a la barca y remar juntos mar adentro en los mares del mundo, buscando a cuantos quedan aún por embarcarse, por ponerse en camino hacia Dios. Él es el que nos está llamando, pero llegados a la meta que no tenga que preguntarnos ¿dónde están tus hermanos? No hemos de detenernos en ningún recodo más de lo necesario para recobrar fuerzas hasta llegar y llegar con todos.

Por último el texto anima, exhorta, empuja a levantarse y ponerse en marcha incansablemente, mostrando una enseñanza que a este peregrino infatigable siempre se le ha oído, y cuanto más ha avanzado en su peregrinar, más nítidamente: En el peregrinar aparece el cansancio, pero el que camina hacia Dios sabe que camina hacia un alto Ideal y se apoya en el báculo que le da el Señor, por eso si aparece el cansancio, ha de elevar los ojos y no cansarse de cansarse. Esta es una clave del camino y de su camino: no cansarse de cansarse.

Gracias Señor por cuantos me han abierto el camino, por cuantos te han caminado delante de mí y me han mostrado así por donde había de seguirte yo. Gracias por cuantos desde la barca me llamaron a remar y echar las redes con ellos, cuantos me llamaron a levantarme y con ellos seguirte. Gracias por último, por este peregrino incansable, vanguardista mío y de muchos hacia el Santiago de la santidad. ¡Bendito seas por siempre Señor!



Héctor Javier García Mediavilla, pbro.

¹ Cf. Jn. 1, 14.

² Cf. Os. 2, 16.

³ Cf. Jn. 1, 14.

⁴ Cf. Ex. 40, 34-38.

⁵ Cf. Sab. 13, 1-9.

⁶ Lc. 5, 8b.

⁷ Cf. Lc. 15, 20-22.

⁸ Cf. Mt. 22, 10-12.

ETAPA II

LA GRACIA DEL PEREGRINO

1º

A todos los ámbitos hispanos ha llegado ya el clarín de los romeros; ¡Hacia Santiago!

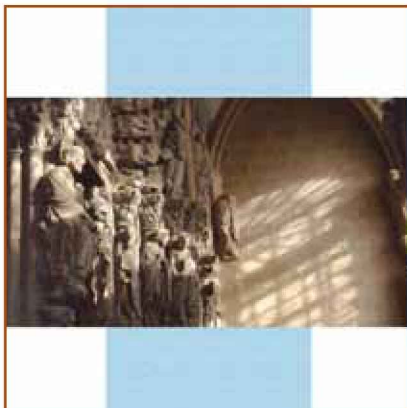
Y ese peregrinar supone -como médula y meollo de la cita de la Juventud de Acción Católica se da ante la tumba del Apóstol de España- un ponerse en camino hacia Dios por las rutas de la santidad.

Y, a flor de labios, se os cuelga una pregunta: pero la santidad, ¿qué es?

La santidad es la aspiración sobrenatural del alma hacia Dios para vivir su vida y gozar de su gloria.

La santidad consiste en hacernos copistas vivos de aquel que es el Santo de los Santos.

La santidad consiste en hacer la voluntad del Padre que está en los cielos, tomando como pauta y norte de la vida ese querer de Dios, impregnando toda nuestra actividad humana de un tono y de un objetivo divinos, haciéndonos artesanos del alma para edificarla según los proyectos del Arquitecto Dios, siendo sillares aptos, maleables, dúctiles en manos del artífice labrador de almas que es el Espíritu



Pórtico de la Gloria (Catedral de Santiago de Compostela).

Santo, constituyéndonos piezas vivas de esa gran construcción de la Iglesia que tiene entre sus notas específicas, la santidad, siendo miembros vivos por cuya vida discurren los ideales y la vida del que, siendo Hombre- el primero, el jefe de los hombres- es a un tiempo Dios, la santidad increada, infinita, eterna...

La santidad, está en apoyar los designios de Dios que nos creara para una gloria sobrenatural. La santidad está en hacer una vida teniendo siempre ante los ojos el destino a que el Señor nos convoca.

La santidad, está en definitiva, en vivir la vida de la gracia que Dios nos comunicó.

2º

Todo ello en un intento absolutamente inaccesible, un propósito irrealizable, un bello imposible para el hombre meramente hombre. No hay alas humanas para volar tan alto.

Sin el auxilio de Dios, nos hallamos imposibilitados no ya de realizar tamaño empresa, mas también de ambicionarla. Nos lo decía Jesucristo: "Sin mí, nada podéis hacer".

Es preciso que Dios nos sea no sólo Caudillo para marcar -estrella de Magos, los primeros peregrinos de la gentilidad que se hacen romeros por Cristo- los senderos, sino también Cirineo y alma de ese caminar de santidad.

Es preciso estar cimentados, edificados sobre Cristo, el Hombre Santo por antonomasia, único que nos puede entroncar en la vida de Dios.

Es preciso estar actualizados, vitalizados por Cristo, para que con ese subsidio de vida divina, podamos tender hacia la divinidad.

Es preciso estar incorporados -formando parte del Cuerpo Místico de Cristo- para que, como miembros por los cuales discurre la vida del Mediador, podamos peregrinar rumbo a la gloria del Padre.

Es preciso recibir su savia para que los pámpanos y los sarmientos tengan la vida de la vid central.

Y ese cimiento, esa vitalidad, esta incorporación, esta savia, este germen de divinidad nos lo da la gracia.

Ningún derecho, ni exigencia, ni título, ni mérito podemos presentar para que se nos otorgue. Sobrepasa y trasciende todas las fuerzas y todos los esfuerzos humanos. Dios la da porque quiere.

Y sólo cuando Él la da, "soy lo que soy" diría san Pablo. *Sólo con la gracia soy peregrino de santidad.*

3º

¿Qué es pues la gracia?. La gracia es un don sobrenatural, permanente que, en virtud de los méritos de Jesucristo, infunde Dios y por el que Dios se infunde en el alma; para la salvación eterna del hombre.

Es un don, un regalo, una merced debida sólo a la liberalidad del Señor. ¡Qué mal tratamos su obsequio!

Es sobrenatural. No atañe a la naturaleza del hombre; la realza, la sublima, la endiosa. Al "superhombre" sólo lo ha conseguido el cristianismo; sólo lo es el hombre en contacto con Dios.

Es permanente. La gracia tiene, por sí, virtud y eficacia eternas.

Sólo la libertad del hombre descentrada puede limitar el tiempo de permanencia. ¡No echemos por la borda tanto don!

El Señor da la gracia porque nos la mereció Cristo. Fue necesaria su muerte. Para crear el orbe, le bastó a Dios una palabra. Para redimirlo y ganarle la gracia, fue preciso la muerte de un hombre-dios. ¡Somos hijos de la sangre de Cristo! ¡no huellas las salpicaduras de su sangre sobre tu alma!

Con la gracia se infunde Dios. Somos no sólo portavoces sino portadores de Dios. Trabaja, estudia, habla, actúa Dios en nosotros cuando vivimos en su gracia. ¡Que huésped, Señor! Y con ello, quiere Dios lograr la salvación del hombre. Sólo así puede lograrla. Al vivir el hombre de su gracia, no es Dios quien se beneficia y acrece. Al infinito le sobra todo. Soy yo -polvo y ceniza- quien por ella puedo escalar un solio.

La gracia, por tanto, es el don más grande que hombre pudiera ambicionar. ¡Así..., así se puede y debe ser santo! ¡Lo seré!

4º

Mirad sucintamente los efectos que obra en el alma.

La Justicia. Debíamos nacer en ella. Adán la despilfarró con su pecado. Y desde entonces, somos deudores, injustos ante Dios, pues vamos desposeídos de aquella vida, de aquel don que debíamos tener, que Él quería y exigía que tuviéramos,

de aquello que tiene Él -no nosotros- derechos de que tengamos.

La gracia nos hace hijos adoptivos de Dios. Sólo un hijo natural tiene el Altísimo; el Verbo, la Segunda persona de la Santísima Trinidad, Jesucristo. Nosotros, por la gracia, somos hijos adoptivos. Se llama así al que, no siendo engendrado por aquel de quien es hijo adoptivo, es recibido como hijo con derechos a su apellido, a su hogar, a su herencia. Podemos llevar -¡todos!- escudo y corona heráldico; ¡pertenece a la familia de Dios!

Pero no tenemos un título sólo; sino una realidad. Nos llamamos -¡Y somos!- hijos de Dios; no tenemos sólo derechos, *tenemos una participación* -oídllo bien y repetirlo- *de la misma naturaleza*, del ser, de la vida de Dios. ¡Es para aturdir!; yo -¡yo!- con algo ¡de Dios!, en mí.

Y porque Dios habita en mí *soy su templo*, pues así se llama la morada donde reposa Dios. Soy su templo, no de piedra, sino de carne; soy la peana, el copón, la Custodia que lleva encastillado al Señor. ¿Será posible? preguntas tú. Y yo te pregunto a mi vez: ¿Y no será en realidad por tu culpa?

En fin; la gracia nos da derechos a la gloria. Si somos hijos, a fuer de tales, *somos herederos de Dios*. La cosa es lógica.

Somos príncipes con trono que ni los salteadores ni los tiempos nos pueden arrebatarse. ¡Hacia el trono vamos! ¿Por qué no despreciar los andrajos y las cuevas?

Peregrinos, sí, peregrinos de esa mañana de luz. Peregrinos de ese Dios que soñaba en mí siglos eternos. Peregrinos de santidad. ¡A Santiago! ¡A Dios!

Ya no más dilaciones. Voy, Señor, voy.

“Daume el báculo de romiatge. Cor que bategues, avant!”

Sebastián Gayá

Sebastián Gayá Riera, pbro.



LA GRACIA DEL PEREGRINO

Así se titulaba un artículo publicado en el número 86 de la revista PROA, en 1946. En este artículo, que formaba parte de la serie **Etapas de un peregrinar** orientada a preparar la peregrinación a Santiago de Compostela, Sebastián Gayá diseñaba las claves doctrinales de lo que después sería el rollo de Gracia del Cursillo de Cristiandad, que tanto me impactó en 1979.

Conocí a Sebastián en el año 1973, en Madrid. Yo tenía 18 años. Él venía a casa en algunas ocasiones, pues mis padres son cursillistas. Él era entonces para mí sólo un sacerdote cercano a mis padres, sin más. Después, cuando se despertó en mí la conciencia de la vocación sacerdotal, me encomendé a su dirección espiritual. Era el año 1978. Me ayudó a discernir mi vocación como gracia de Dios. Ni una imposición, ni un deber, ni una exigencia, ni una obligación. Todo era gracia de Dios, y respuesta libre, porque Dios concedía la gracia de la libertad. Su palabra y su testimonio, sencillo y discreto pero entusiastamente e incisivo, hacían crecer en mí el deseo de oración, de sacrificio, de enamoramiento de Jesucristo, de entrega a la Iglesia. Sebastián Gayá me fue contagiando todo eso como un auténtico experto de la Gracia.

Cuando los dos vimos que era el Señor quien me llamaba a seguirle en el sacerdocio, y no ilusiones, Sebastián me invitó a vivir un Cursillo de Cristiandad. Me dijo: *“El Cursillo te ayudará a conocer mejor a Cristo y a la Iglesia; y, por tanto, la fuerza y la belleza del sacerdocio”*. Fui al Cursillo en Marzo de 1979, y entendí de una manera casi brutal, como una convicción incuestionable, que mi existencia no tenía otro sentido que vivir por Cristo y para Cristo, entregando mi vida en su Iglesia.

Comencé a exprimir a Sebastián Gayá, para sacarle todo el jugo que pudiera. Y él, con una alegría y una paciencia maravillosas, se dejaba estrujar y extraer el jugo de la sabiduría y de la caridad, como quien sabe que nada es suyo, que todo es gracia y que la gracia es don para darlo. Confesaba con él, acudía a su dirección espiritual, escuchaba sus rollos vibrantes en la Escuela de Dirigentes... Le confiaba todo lo mío... y él lo recibía todo como si fuese lo más importante que había ocurrido en el mundo... Sebastián me transparentó la imagen del Padre bueno, paciente, fuerte, tierno, misericordioso, constante, siempre fecundo... Ese Padre que él describió tan preciosamente con la mira-

da fija en el infinito y los ojos entornados -como quien lo está contemplando en el acto y lo acaricia entre las yemas de sus dedos- cuando proclamó el rollo de Gracia en mi Cursillo.

Dios tiene planes maravillosos para nosotros, planes de altura inmensa, planes que no puede imaginar ni el más ambicioso de todos los hombres. Dios desea que los hombres sean sus hijos de verdad, que participen de su mismo Ser, de su misma Vida, de su misma Naturaleza, que sean santos como Él es Santo y porque Él es Santo. El hombre, desde el principio, ambiciona con orgullo ser como Dios. Pero Dios lo que quiere es divinizar al hombre. Dios, que es Omnipotente y lo puede todo, desea que los hombres, criaturas suyas, seamos de verdad hijos de Él y por tanto partícipes de su mismo Ser, Vida y Naturaleza. Para realizar esto, el Omnipotente comunica la Gracia. La Gracia es el mismo Ser, la misma Vida, la misma Fuerza, la Naturaleza misma de Dios pero en cuanto dada, donada, regalada, infundida gratuitamente al hombre. La Gracia nos hace hijos del Padre, redimidos y hermanos de Cristo y coherederos de su misma gloria, y santos por ser templos del Espíritu Santo, y capaces de obras de santidad, sobrenaturales, de valor eterno e infinito, como las de Dios.

El hombre sensato descubre en el fondo de su corazón que el ideal de su vida es sublime, que está hecho para grandezas y que merece la pena dedicar todos los esfuerzos de su voluntad para alcanzar la meta de su peregrinar. Pero el cristiano descubre, más asombrado aún, que el ideal de Dios es divinizar al hombre, elevarlo a dimensiones eternas e infinitas, y que a Dios le ha merecido la pena dedicar todos los esfuerzos omnipotentes de su Amor para alcanzar la cima de sus ideales. El cristiano sensato descubre con asombro que Dios quiere hacerlo hijo suyo, que quiere levantarlo, divinizarlo, hacerlo santo e irreprochable por su Gracia, por su Amor, y que disfrute eternamente de su misma gloria. Para ello, Dios le promete y asegura su Gracia, su donación.

La Gracia es el don gratuito de Dios mismo, que purifica y rescata al hombre del pecado y de la muerte, a la vez que lo consagra por dentro y lo convierte en hijo de Dios, partícipe de la Vida Divina, de la Santidad misma de Dios, de la Naturaleza Divina, y lo capacita para vivir y desarrollarse de manera sobrenatural, con pensamientos sobrenaturales, deseos sobrenaturales, sentimientos sobrenaturales, decisiones sobrenaturales, planes y realizaciones sobrenaturales. La Gracia es la misma Vida Divina, con todo su dinamismo y energía, sembrada en el corazón del hombre en el Bautismo como principio de vida sobrenatural, para vivir sobrenaturalmente.

Ciertamente, la Gracia es clave fundamental del ser, del pensar, del sentir y del vivir cristiano. Eres cristiano por gracia, te asombras de serlo por gracia, te decides a vivir cristianamente por gracia, vives la vida cristiana por gracia. Todo es gracia, don gratuito, regalo de Dios, que es Amor y no puede ni sabe hacer otra cosa mas que amar, donarse, regalarse, entregarse.

Uno de los grandes descubrimientos, y de los más entusiasmantes y consoladores, que se me revelaron en mi Cursillo fue el de la Gracia. Se me iluminó que la Gracia es el don gratuito que Dios está empeñado en comunicarme, porque Él está empeñado en mi salvación y en mi santificación, porque Él está empeñado en que llegue a ser el hijo que siempre soñó con la altura de santidad que sólo Él conoce según la medida de Cristo, y porque Él está empeñado en que yo disfrute eternamente de su Amor. Cuando percibí estas intuiciones, cayeron un montón de inseguridades y temores. Ya no podía consentir dudas. La Gracia omnipotente de Dios me haría capaz de todo lo que yo siempre sería incapaz. Por la Gracia omnipotente de Dios sería capaz de realizar obras sobrenaturales, divinas, como perdonar pecados, o convertir el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre del mismísimo Señor. Por la Gracia omnipotente de Dios sería capaz de dejar padre, madre, hermanos y bienes. Por la Gracia omnipotente de Dios sería capaz de vivir las incomodidades de un Seminario, de someterme a una disciplina de internado, de volver a tener que estudiar, y de embarcarme en una vida incomprensible para muchos. Por la Gracia omnipotente de Dios sería capaz de pensar, de desear, de elegir y de disfrutar planes imposibles para los hombres, y sólo posibles para Dios.

El cristiano es ese hombre, pecador pero redimido, que ha descubierto el ideal de la dignidad más grande y que aspira a vivirlo en la plenitud que se llama Santidad. Ideal que centra y entusiasma su existencia. Pero ese cristiano siempre experimenta que no puede alcanzar con sus solas fuerzas naturales lo que es un ideal de naturaleza sobrenatural, divina, celestial. Descubre la necesidad de la Gracia, del don de Dios, de la fuerza y energía sobrenatural, divina, celestial, que le haga capaz de lo que él es incapaz por sus solas fuerzas naturales, por muy perfectas y desarrolladas que pudiera tenerlas.

El cristiano sensato experimenta continuamente, con una inquieta confianza, la necesidad imprescindible de la Gracia. La necesita de tal manera que no puede vivir sin

ella. Esta experiencia le inquieta, le hace estar siempre en vigilancia, en búsqueda, en apertura, en inconformismo, pues sabe que ha sido creado y redimido para más, porque ha sido amado por un Amor mayor. Pero, a la vez, esa inquietud está marcada por una confianza gozosa y optimista, pues sabe que quien tiene que darle la Gracia es en Sí mismo Gracia, Don y Donación plena, Amor sin más; y sabe que se la ha prometido, y que Él es Fiel. El cristiano sensato vive en inquietud y en confianza. La necesidad de la Gracia le mantiene tenso; pero la certeza de que Dios se la da le mantiene confiado. En esa tensión confiada es en la que se desenvuelve la vida, la peregrinación del cristiano. La Gracia de Dios, centra, libera, realiza, dignifica, entusiasma y alienta la vida del cristiano. El cristiano sensato es el que no se conforma ya con el mínimo de “vivir en gracia de Dios”, sino que busca ansiosamente “vivir de la Gracia de Dios”.

La gracia del peregrino, de la que hablaba Sebastián Gayá en 1946 en PROA, ni ha caducado, ni ha perdido propiedades; sigue vigente, sigue siendo el don divino que diviniza al hombre y lo impulsa a la meta de la santidad.

A handwritten signature in blue ink, which appears to read "Fernando Fdz. de Bobadilla pbro." The signature is stylized with loops and a long horizontal stroke at the end.

Fernando Fdz. de Bobadilla, pbro.

ETAPA III

FUENTE EN EL DESIERTO

1º

Y vamos a proseguir con la inteligencia y la fe, la romería por los campos de la Gracia.

Jesucristo nos la mereció, decíamos, con su Redención. Brotó de la cumbre del Gólgota. Y la dejó en el seno de esa Sociedad de la Vida que llamamos la Santa Iglesia Católica. Ella es la dispensadora de los misterios de la Vida.

Y esa Iglesia -depositaria de la Vida, con mayúscula, de la gracia- la distribuye sobre las almas a través de una red de canales y acueductos y fuentes, que, arrancando del Calvario, donde el Autor de la Vida se hizo padre de los hombres, desparraman esa agua vital sobre todas las parcelas de las almas.

¿Cuáles son esas fuentes de la vida?, preguntas. Son los Sacramentos, instrumentos de la omnipotencia y del amor de Dios, transmisores de cataratas que, desprendidas del corazón de Cristo, nos inyectan una participación de su divinidad.

Sin esas fuentes de vida, no podríamos siquiera emprender la peregrinación hacia Dios. Y pues Dios la quiere, por eso



Pila bautismal. Parroquia de Corticela (Catedral de Santiago de Compostela).

procura abastarnos de cuanto en el camino podamos menester. Cuando todo parezca un erial en el sendero, sin sol, sin flores, sin aguas; cuando desalentados ante la cuesta empinada hacia las cumbres, queramos sestar sobre el arenal... Dios abre sus fuentes; el hombre abre su alma; y así reconfortado, como el Profeta en el desierto, con el agua y el pan de la Gracia, siente que se rejuvenece el espíritu, que es más lúcido el sol; que es más ligera la carga y la cima más asequible. *Los Sacramentos son las fuentes de la Gracia.*

2º

Y ya lo sabes. Los Sacramentos son signos sensibles, materiales, externos, instituidos por el Señor para significar y comunicar el raudal de la Gracia al alma.

Parece que tocan sólo la corteza del cuerpo, la envoltura del alma; y, sin embargo, penetran hasta lo más recóndito del espíritu.

Oye a san Juan Crisóstomo: "Si fueras incorpóreo, los dones que Dios te hace, lo serían también; pero, como tu alma está unida a un cuerpo, Dios ha querido presentarte por medio de dones sensibles lo que no puede ser captado sino por la inteligencia". Es decir: A Dios ninguna falta le hace un elemento sensible para dar sus misterios divinos; pero el hombre, que sólo ve con los ojos y sólo tiene seguridad de aquello que impresiona sus sentidos, tenía necesidad de una íntima convicción, de una prueba externa, de un argumento irrefutable que le revelara la llegada de esa Gracia invisible y sobrenatural que impregna su alma.

A Dios garantiza con ese elemento material del Sacramento la operación y transformación divina que en el espíritu se realiza.

Es la rúbrica que el dedo de Dios traza sobre nuestra carne, reflejo del misterio que se elabora en el corazón.

3º

De ellos, los hay que sólo pueden recibirse cuando el alma está ya en gracia. *Son los Sacramentos de vivos*: aquel por el que se nos da fortaleza y reciedumbre ante los enemigos que pueden asediar y avasallar el alma; aquel por el que el Señor, clausurado tras los celajes eucarísticos, invade el alma para identificarse con ella; aquel que, en el término de nuestra peregrinación, nos asegura que se han borrado los últimos vestigios de nuestra vida delincuente; aquel por el que se nos dan Padres de almas, Ministros del Señor, o aquel por el que se os constituye padres de hombres llamados a ser hijos de Dios.

Hay dos, en cambio, -*Sacramentos de muertos*- que suponen un alma manchada: el Bautismo que es principio y raíz de nuestra regeneración y la Penitencia que cicatriza nuestras llagas, lava los polvos y los lodos que, en el camino de la vida, se nos han pegado, y nos restituye la Gracia perdida.

Estos dan la Gracia primera; aquellos aumentan y abrillantan y aquilatan la que teníamos ya.

Todos nos confieren, junto con esa Gracia, la gracia que llamamos *sacramental*, que no es sino como un cheque un anticipo, un adelanto de cuantas gracias, dones y refuerzos necesitaremos

para llegar, divinizados, hasta el fin de la meta.

Y tres de ellos -El Bautismo, la Confirmación y el Orden- nos sellan, nos caracterizan, nos consagran a Dios, con ese sello intransferible e imborrable del carácter, como miembros, como soldados o como ministros de la Iglesia.

4º

Pero el más sublime, el que es centro hacia donde todos los demás convergen y desde el que todos toman su efectividad, es el *Santísimo Sacramento de la Eucaristía*. "Es el pan de los ángeles, cantaba Santo Tomás, hecho manjar de los peregrinos".

Cuando el romero tras largas jornadas, siéntese acuciado por la voz del desaliento, que le brinda posadas y mesones donde pernoctar e invernar, el pan de su escarcela repara las fuerzas perdidas. Cuando se siente postrado y débil -blanco propicio de la enfermedad que enerva sus energías- el pan le sostiene, le reanima, le reconforta. Y llenándolo de vida, desbordándole de vida, retozándole de vida, el pan le da aquel vigor

de espíritu, aquella madurez y sensatez de juicio, aquella docilidad y agilidad para seguir hacia la cumbre cimera del ideal, que, cantaba el salmista, vuelve al peregrino "gigas ad currendam viam", en un auténtico deportista de santidad, en un atleta y alpinista para quien los cerros se allanan y se solidifican los mares que pudieran ser óbice y tropiezo y escollo.

¡Eso... lo obra en el alma el Cristo que en la Eucaristía se ofrece para socio y compañero de camino, para huésped de las almas peregrinantes, para Cicerone y Cireneo de cuantos subimos en romería hacia la santidad...!

¡Ni un día sin ese pan, peregrinos!

¡Peregrinos de Cristo: ni un día sin Cristo!

¡Romereros del desierto de la vida, bebed de las fuentes de peregrinación!



Sebastián Gayá Riera, pbro.



FUENTE EN EL DESIERTO

Conocí a Sebastián hace casi 25 años en un celebración sacramental. Una boda en la capilla del lujoso restaurante José Luis, de Illescas; en esa parroquia, estrenando las mieles de mi sacerdocio, yo era vicario. Los requisitos canónicos me llevaban allí de mala gana. Al termino de la ceremonia comenté al sacerdote que había presidido la misa y bendecido la unión, que las bodas en ese lugar no me gustaban, que me resultaban frías y consumistas. Me repuso serenamente que a él ésa sí que le había gustado. Firmamos los obligados papeles y, al comprobarlos, leí su nombre, en esa espléndida caligrafía que todavía hoy conserva casi intacta: Sebastián Gayá. Yo, que conocía de él por libros de Cursillos y por un cursillista de Barcelona trasladado a tierras madrileñas, Alberto Piñero, le pregunté maravillado: “Pero, ¿usted es Sebastián Gayá, el de Cursillos?” Él, mirándome con esos ojos suyos chispeantes, color azul mediterráneo, me contestó que sí. Le conté que yo era un cursillista de Barcelona a quien el Señor había llevado, con la vocación sacerdotal, a Toledo. Hablamos un poco más de nuestros temas comunes y nos despedimos con ese afecto que suele surgir espontáneamente entre las gentes de Cursillos. Unos días más tarde, estando en el despacho parroquial, sonó el teléfono: era Sebastián para invitarme a ir con él a un Cursillo de Madrid, en Los Negrales. Acepté con gratitud y emoción. Desde entonces la verdad es que he perdido la cuenta de los Cursillos que hemos compartido.

He contado la anécdota porque uno suele atesorar intactos en la memoria, y gusta compartir, precisamente los grandes encuentros de su vida, los que le han resultado determinantes; y éste ha sido uno de ellos, sin duda. Pero hay otra razón: meditando estos hechos me parece admirable que Sebastián pudiera vivir bien, con gusto, una boda en ese lugar donde se habían casado Julio Iglesias, Karina y otros tantos...

Al cabo de cierto tiempo me encomendó, para otro Cursillo, el rollo de Sacramentos, con la observación: que sea kerigmático y no catequético. Yo, eso de kerigmático, a pesar de mis flamantes estudios de teología, yo no sabía muy bien qué era. Con la ayuda de mi Grupo, que me llevaron en coche desde Toledo a Pozuelo y me recogieron en la clausura, procuré hacerlo entusiasta, alegre y vivencial, como el Señor se merece, y como yo había siempre escuchado. Que fuera una acción de gracias por los

sacramentos que he recibido y celebrado en mi vida, empezando por aquellos que descubrí en mi primer cursillo: mi bautismo, mi confirmación, la eucaristía y la reconciliación, y el sacerdocio del recordado padre Ginés Fernández del Águila. Luego, cuando le pedí que me “criticara” el rollo (los jóvenes de Cursillos de Barcelona éramos así, y nos permitimos el lujo de “criticar” los rollos; y así me lo habían enseñado en la Escuela), me dijo que había resultado kerigmático y no catequético. ¡Gloria a Dios!

Luego he sabido por el propio Sebastián que este rollo se incorporó al conjunto definitivo del Cursillo no desde el de enero del 49 en San Honorato, sino un poco más adelante, y que Jaime Bonet (monseñor Jaime Bonet, el fundador de los Misioneros del Verbum Dei, amigo y autodeclarado “hijo espiritual” de Sebastián), siendo todavía seminarista, fue su primer “pregonero”. La preocupación de Sebastián ha sido siempre que no se convierta en una larga y tediosa catequesis que malogre el clima de primer anuncio y testimonio que debe impregnar todo el Cursillo.

Sebastián consagra los dos primeros apartados de esta Etapa titulada Fuente en el desierto a conectar la realidad eclesial de los sacramentos con Jesucristo, autor de la gracia y salvador del hombre, con lo que se ponen de manifiesto dos cosas. Primero la catolicidad de la teología y la espiritualidad que siempre quiso imprimir en sus jóvenes: no se puede hablar de Jesucristo y de su gracia silenciando los cauces históricos a través de los que Él ha querido que ésta nos llegue. La salvación de Dios alcanza a los hombres al modo humano, adaptada a nuestra necesidad de ver y palpar. En segundo lugar, que dicha eclesialidad y sacramentalidad no es un obstáculo para el evangelio, sino una muestra más del amor misericordioso de Dios, de tal manera que forma parte esencial del mensaje acerca de “lo fundamental cristiano”.

El apartado tercero lo dedica a una apretadísima presentación de los siete sacramentos, con una definición tan concentrada de cada uno que llega a parecer un acertijo; todo conforme al esquema escolástico de los “de vivos” y los “de muertos”, con dos fugaces pinceladas acerca de la “gracia sacramental” que confieren y del “carácter” que tres de ellos imprimen. Está claro que la voluntad de ceñirse al insuficiente espacio previsto le impuso una concisión excesiva; sin embargo, es de reseñar que, a pesar de la brevedad y del esquematismo, alcanza también aquí a presentar su mensaje como “buena noticia”.

El apartado final, dedicado a la Eucaristía, es sin duda el mejor. Lo empieza casi adivinando lo que veinte años más tarde iba a ser célebre enseñanza del Vaticano II sobre la liturgia, y especialmente la Eucaristía, como “fuente y cumbre” de la vida cristiana (Sacrosantum Concilium, 10): “centro -escribe- hacia donde todos los demás [sacramentos] convergen y desde el que todos toman su efectividad.” “Pan de los ángeles... hecho manjar de los peregrinos.” “¡Ni un día sin ese pan...!”

¿A cuántos habrá llegado, por el mundo entero, a través de Cursillos, la encendida invitación sacerdotal de Sebastián? Lo sabremos cuando lleguemos a la meta. ¡Ultreya, hermanos! ¡Gracias Señor por Sebastián!



Jordi Girau Reverter, pbro.
Consiliario Diocesano de MCC de Madrid (España)

ETAPA IV

CAYADO, BRÚJULA, NORTE

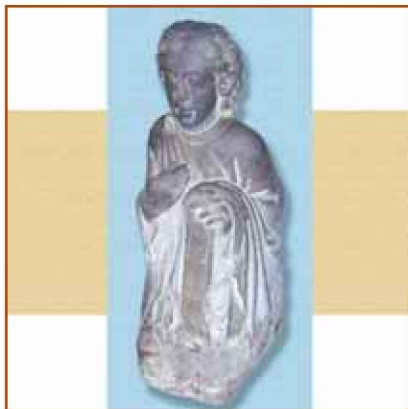
1º

La gracia hace al hombre peregrino de santidad, supone, además del suministro que Dios le da por los Sacramentos, fuentes donde el peregrino en el desierto de la vida acude a almacenarse de agua, una brújula constante que le marque el norte de su romería.

No es sólo Dios quien tiene que abajarse hasta el polvo para proveer y municiar al hombre con sus Sacramentos. También el hombre tiene que subir y ascender hacia Dios para merecer ese abastecimiento. El alma tiene que caldearse de Dios. Ese caldeamiento implica un contacto con Él. Y ese contacto se consigue con la oración.

¡Infeliz del peregrino que olvida su cayado! El ambiente del mundo le empavorecerá el corazón. Los posibles temporales del estío, las nieves y neblinas del invierno le amedrarán. Los rugidos de las fieras le infundirán espanto. Lo arduo de las jornadas se le harán imposibles... Y sin cayado, se sentará sobre un bancal a dormir.

Necesita el contacto con el Señor. Como el mendigo que vive de limosna,



Maestro Mateo en actitud orante (Catedral de Santiago de Compostela).

como la flor que vive de sol, el alma necesita de Dios.

La oración es el diálogo en que Dios le dice al alma sus rutas, sus metas, las bellezas de sus panoramas y las dichas del final del camino. El diálogo en que el alma le dice a Dios su atolondramiento, sus baches, sus ansias y sus cuitas.

La oración es la charla en que Dios se entretiene con sus almas y las almas se llenan de Dios.

La oración es la audiencia que el Señor concede al hombre; y como si nada tuviera Dios que hacer sino escucharle, allí está Dios de plique con el alma cuanto

el alma se digne -oídllo bien: ¡cuánto el alma se digne!- pasar con Dios.

¿Será posible que esté mas dispuesto Dios a escucharme que yo a hablarle a Él?

2º

Necesitamos la oración, peregrinos. Somos un puñado de polvo que Dios- el Señor- ha endiosado. Y es precioso reconocer ese señorío absoluto, ese totalitarismo de Dios, su dominio, su excelencia, *para tributarle el homenaje* de nuestra pleitesía. También los hidalgos rendían su vasallaje al señor feudal, en la plaza de sus castillos. ¡Te adoro, Señor!

Necesitamos la oración, peregrinos. Somos un abismo de nada, rellenado de ser por Dios. Nada soy, nada tengo, nada puedo, sino lo que Dios quiere que sea, que pueda o que tenga. Si el silbido de la tormenta no ha tronchado mi gracia, a Dios se lo debo. Si los chacales no me han depredado el corazón, es merced de Dios. Es preciso acudir al Señor, como el leproso, *para agradecerle tanto bien*. También el pájaro le regala sus gracias a la fuente donde ha mitigado su sed, con el mejor de sus trinos. ¡Gracias, Señor!

Necesitamos la oración, peregrinos. Somos la indigencia absoluta ante la absoluta benignidad del cielo. Somos casi una infinita impotencia ante la omnipotencia

infinita de Dios. Es menester llegarnos a las despensas del cielo para llenar nuestra escarcela; *implorando a Dios su favor*. También los pordioseros, en el atrio de la Iglesia tienden su mano, suplicando limosna, por amor de Dios. ¡Una limosna, Señor!

Necesitamos, en fin, la oración porque hay que saldar deudas. Si algo nuestro hay en nosotros son nuestras delicias. Llevamos un cuerpo encubriendo un alma en harapos. Y el Señor lo ve. Por eso, debemos caer ante Él de hinojos, *para impetrar su perdón*. También el perro, después de su fechoría, con el rabo humillado, se arrastra a los pies del dueño, y lame sus pies como un ademán de fidelidad en lo futuro. ¡Perdón, perdón; seré mejor!

3º

Esta oración no puede, no debe, ser sólo plegaria de labios. Bien está ese Padre-Nuestro rezado devotamente, porque si es rezado por rutina, zangulliendo palabras, en una carrera y “record” de vocalización mejor sería no rezar ¡¿?

Pero, además, Dios quiere que el corazón se abra: que la inteligencia se impregne, que la voluntad se esfuerce, que sea el hombre, todo el hombre el que rece: Dios quiere tu *meditación*.

Ya se que no sabes; también lo sabe Dios. Ya se que te hallas tan seco como un palo y tan indocto como un niño. Lo sé. Pero también eso lo sabe y también eso le place al Señor.

No quieras ir con discursos: no quieras enseñarle tesis. Dios no lo necesita. Sólo quiere que tú quieras meditar: que hables, que rumies, que pienses, que propongas, que prometas.

Dios quiere tu oración íntima, la tuya, la que sale de ti.

Una consigna: ni un día más sin mi oración. Ni un día más sin mi rato para meditar.

4º

¿Tú aquilatas la confianza que en ti puede notar, si oras?. Jesucristo tiene empeñada su palabra: "Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará". "Pedid y recibiréis: buscad y hallareis: llamad y se os abrirá". Y ya sabes que Cristo no te puede mentir, ni te puede exagerar, ni te puede prometer lo que luego no pueda darte.

Somos archiprudentes. Somos archimillonarios. Todos los cielos están al alcance de las manos... con sólo pedir y orar.

Relee tu evangelio. No hubo dolor que el Señor no mitigase. No hubo tempestad que no se hiciera bonanza. Pide; no ceses de pedir.

Ahí está la fuente del *optimismo*; ahí está el *triumfo* asegurado de nuestra Acción Católica; ahí está el venero de nuestra *alegría*.

Si el Señor no da lo que ansiamos, mejor; porque es mejor que no nos dé el puñal -aunque nos parezca guarnecido de pedrería- si con el puñal podemos herir nuestra Gracia. ¡Bendito sea el Señor por las súplicas que desecha!

Sólo así, sólo orando, tendrás cayado para todas tus jornadas, y brújula para todas tus noches, y norte para todos tus desalientos.

¡Peregrinos: un alto para rezar!

Nuestros abuelos sembraron de cruces los caminos de entrada en nuestras villas. Cuando regresaban de sus tareas sobreiro en mano, parada su cabalgadura, decían su oración.

Esmaltad de cruces, de súplicas, el camino de vuestra romería. Haced sólo un alto; el alto de la oración. Después de eso... "¿por qué dudáis hombres de poca fe?"



Sebastián Gayá Riera, pbro.



Era una tarde del mes de noviembre, si mal no recuerdo, ahora hará más de veinte años, cuando desde el interior de un pequeño automóvil salía un sacerdote. Por las referencias que yo había recibido tenía que ser alguien colosal. Recuerdo como nos saludó a todos, con una amable sonrisa y un abrazo, aquel hombre de poca estatura física pero con una mirada profunda que inspiraba mucha paz.

Nos encontrábamos en Toledo frente a la puerta del Seminario metropolitano. Un grupito de seminaristas estábamos esperando esta visita. Todos éramos cursillistas del Movimiento de Cursillos de Cristiandad ya fuese de Madrid o de Barcelona. Había algún cursillista más, sin ser seminarista, sobre todo alguna fémina. Se estaba preparando el restablecimiento del Movimiento de Cursillos en Toledo y pretendiendo para ello dar un primer cursillo. Este fue el motivo de tan grata visita. No tardamos mucho en reunirnos en una sala donde D. Sebastián Gayá, así se llama este sacerdote, nos empezó a hablar. No pasaron muchos minutos cuando sus palabras me pusieron en Dios, al modo como solemos decir en Cursillos: tuve un momento cerca de Cristo.

En seguida me di cuenta de que aquel hombre era un hombre de Dios. Así debe ser todo sacerdote si se toma en serio su vocación, un hombre de Dios y por eso un hombre de oración.

Por fin conocía personalmente aquella figura que durante años había mentado sin conocerle, en el rollo de cursillos que presenta la historia del movimiento. En éste rollo se hacía referencia a los orígenes y realzábamos la figura de un sacerdote mallorquín que junto a Mons. Juan Hervás y otros, celebraron el primer cursillo de cristiandad, fundando así dicho movimiento.

De este admirable y venerable sacerdote me toca comentar después de tantos años, siendo un servidor ya sacerdote, este artículo. El cuarto de la serie ***Etapas de un peregrinar*** que escribió Sebastián Gayá en la revista PROA.

En primer lugar reconozco que al leerlo por primera vez me vino a la memoria, de inmediato, esta vivencia que me he atrevido a presentar en esta introducción. También me hizo recordar toda mi experiencia en cursillos como laico. Una nota distintiva del estilo cursillista es el *entusiasmo*, dimensión que le es propia por ser muy apostólica y me atrevería a decir aún más, muy paulina.

Como toda virtud moral, infundida por Dios en el corazón del cristiano, dicho entusiasmo, reclama un impulso sobrenatural que viene del Espíritu Santo. Así hemos de

entender esta acción del Espíritu en el apóstol, que por la Gracia es capaz de encontrarse con Aquel que sale en su busca constantemente. La disposición del hombre será siempre la de la oración como lugar privilegiado de encuentro con Cristo.

El cursillo proclama gozoso la misma vivencia de los primeros testigos de la resurrección: "Hemos visto al Señor". Si bien es verdad que en todas partes y en todo momento podemos encontrarnos con Él también es verdad que solamente el que tiene una vida de oración sería capaz de reconocerle en todo hombre y en todo acontecimiento, como dice uno de los prefacios de Adviento.

Nadie da lo que no tiene y nadie debería hablar de lo que no sabe. Esta máxima se acopla perfectamente en todos aquellos que estamos llamados a ser testigos de la resurrección de Cristo en medio del mundo. Es, por tanto, imposible evangelizar sin una experiencia personal de encuentro personal con el Señor y a la vez una vida de oración, cultivada sin cesar, que haga posible beber de la fuente que mana constantemente, para enriquecer nuestro espíritu.

Sin la oración es imposible conocer a Dios tal como Él se quiere manifestar; no podremos llegar a conocernos como Cristo nos conoce y quiere, a su vez, que nos conozcamos. También sería imposible conocer suficientemente a los demás.

Gracias a ella entendemos y creemos que sólo vale aquello que viene de Dios y llegamos a aceptar el camino por donde Él quiere llevarnos. Solamente desde la humildad se pudo cambiar el mundo y ésta se saborea abnegando todo aquello que hay en nosotros, fruto de nuestra propia cosecha.

Que fácil es llevar a cabo nuestros planes apostólicos y pretender a la vez que Dios se adapte a ellos, sin esta dimensión vital de la oración. Que fácil es vivir en medio de los hermanos pero sin saberse hermano por la falta de fe que impide amarle como Cristo lo ama.

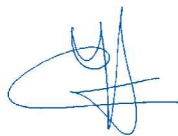
Sólo espera el que cree y solo ama el que espera contra toda esperanza. Esta seguridad la da Dios al que reza, a pesar de todo, porque como dice el mismo Jesús el que persevera hasta el fin se salvará y bien seguro que salvará con él a muchos. La oración es la gran palanca del apóstol, dice la Hora Apostólica a todo cursillista.

El cristiano y, por tanto, el apóstol sabe que el valor de su oración no está principalmente en uno mismo sino en la caridad de Cristo intercediendo por nosotros ante el Padre.

Todo amor busca la unión. Es lo que quiere concedernos el Señor. En esa búsqueda de identificación con nuestra Cabeza se nos ofrece la capacidad de pensar, hablar, actuar como Él gracias a la comunión con su mismo Espíritu. Toda esa realidad misteriosa se experimenta desde la oración.

De la necesidad de la oración, termina el artículo comentado, con una frase resumen de todo lo expuesto por el autor: “Sólo así, sólo orando, tendrás cayado para todas tus jornadas, y brújula para todas tus noches, y norte para todos tus desalientos”.

El vaivén de todo apóstol consiste en el ir y venir de la contemplación a la acción.



Manel Homar Toboso, pbro.

ETAPA V

LOS "BACHES" DEL CAMINO

1°

No creo falte en nuestras filas de probables peregrinos quien tenga de la gracia-semilla de santidad, meta de nuestra romería- un concepto beatíficamente "peregrino".

Al ver desfilar ante nuestros ojos, la historia de las almas de los santos, hayamos, tal vez, llegado a deducir que el santo es un ser que ha nacido -él sólo- para ser santo, con un pasaporte de milagros, con una lista de prerrogativas tales que las espinas son para él rosas y que los peligros no existen para él, pues algún angelito cuida de rellenar los precipicios y allanar los desfiladeros. ¡Falso! ¡Falso!

Los *santos* tienen un corazón con todas sus venas y arterias; tienen su carne como toda carne; y dentro de años, sobre los altares, llevarán corbata de abogado o zamarra de ferroviarios, como antes ya llevaban, con San Isidro, una estera para el arado, o con San Pablo, las manos hechas a su oficio de curtidor.

Y es que la gracia, que podemos pedir por la oración -cayado del peregrino- y



Eva con la manzana (Catedral de Santiago de Compostela).

podemos obtener por los sacramentos -las fuentes de agua en la ruta- no aniquila ni desfigura al que la posee y la vive.

La gracia es un don sobrenatural. Fijaos bien; *sobre-natural*. Y a la manera que el jarro de flores necesita una mesa, una arquilla, un soporte *sobre* el cual descansa, a la manera que la cúpula del templo ha menester los arbotantes y las arcadas y las columnas *sobre* las que se apoya, así lo sobrenatural necesita el soporte de lo natural, pues de lo contrario sería no *sobre* sino *anti-natural*.

De ahí que la Gracia -con mayúscula- no nos despoje de la gracia; Dios no des

truye al hombre; lo realza, lo sublima, lo sobrenaturaliza, lo endiosa.

No hay porqué temer por nuestros talentos, por nuestras aptitudes, por nuestras sonrisas, por nuestros cantos y nuestra juventud. El aletazo de la gracia no es un viento que viene a barrer todo eso que hay de bueno, para dejarlo semi-tronchado en el camino, con el cuello retorcido como un tronco abatido, con los ojos en blanco y las manos en cruz.

La Gracia no destruye la naturaleza.

2º

Sin embargo *esa gracia*, si no nos deforma, *nos transforma*. El apóstol Pablo -el gran doctor de la Gracia- nos decía que es preciso morir al hombre viejo. No al hombre simplemente hombre. Sino al hombre viejo; es decir al hombre hijo del viejo Adán, al hombre concebido en pecado, inclinado al pecado, goloso del pecado; al hombre concupiscente y pasional; al hombre cuya norma es el capricho, cuya meta es el placer; al hombre sin vuelo, sin espíritu, sin cumbres, sin alas. Ése es el hombre que la gracia quiere sepultar y aniquilar.

Y sobre estas ruinas hay que *hacer brotar "el hombre nuevo"*, el hombre regenerado por Cristo, el Padre de la humanidad nueva; el hombre injertado, plantado,

edificado sobre Cristo; el hombre que piense a lo Cristo y obre a lo Cristo y sienta a lo Cristo y hable a lo Cristo; el hombre concertado, afinado, sintonizado con Cristo; el hombre- Cristo, ya que la Gracia nos da la vida que fluye de la muerte de Cristo el Redentor.

En una palabra; hay que dejar esos cristales ahumados de pasión que los hombres tenemos, para mirarlo y enjuiciarlo y estimarlo todo con la lente de Cristo, que reside en el Santiago de la santidad.

3º

Deducid, de ello, la antítesis de la Gracia: *El pecado*.

El pecado es el bache que nos deja en el camino sin posibilidades de proseguir la ruta de la romería.

El pecado es el salteador que irrumpe en el sendero y nos despoja de nuestra escarcela, de nuestro cayado, de nuestro afán; nos deja desvalijados, extenuados, muertos.

Mientras no nos libremos de tal salteador, no podemos seguir la peregrinación. Es inútil que ostentemos ese distintivo que nos hace romeros. Son inútiles nuestros nombres en la comitiva de los peregrinos. No lo somos; somos, a lo más, turistas errantes. Nos hemos enamorado de las flores del sendero; y con el amor a lo effi-

mero, hemos perdido el paso para lo Eterno.

Cuantos sacrificios hayamos hecho, han quedado invalidados; hasta tanto que la gracia nos los revalide, carecen en absoluto de valor.

Todas las batallas libradas para mantenernos impávidos frente al mal, cuantos actos de oración y caridad hayamos ido sembrando, se han mustiado; todo ha perecido.

Y mientras... aquel esfuerzo por seguir aparentando, aquella abnegación, aquella limosna, aquella lección... todo, todo es en balde. Hemos perdido el Norte; hemos dejado la peregrinación.

Señor; dales a tus peregrinos esa ciencia de aquilatar lo que el pecado supone. Señor; no dejes que uno solo de los peregrinos que me lean, no sea peregrino de verdad.

4º

Pero con todo lo que no tenga ribetes de pecado es compatible la Gracia. Mejor diré; la Gracia, quiere, supone, exige y da todo lo que es incompatible con el pecado.

La Gracia quiere *gracia, juventud, canto, optimismo*.

La Gracia es la fuente del auténtico optimismo. Porque el optimismo, como la fuente, brota cuando tiene sus entrañas, sus facultades, sus potencias llenas del

licor del agua cristalina. Sólo hay optimismo cuando el corazón se siente no hastiado, sino saciado. Y sólo se siente saciado, cuando las potencias del alma, están en posesión de aquello que las pueda aquietar. Y sólo Dios, el bien supremo, puede aquietarlas. El optimismo cristiano -el del peregrino- es el único optimismo que se puede auténticamente llamar así.

La tristeza es dama en perpetuo exilio del alma del peregrino. ¿No sabéis que es de San Francisco de Sales aquella frase: "Un santo triste es un triste santo"? Y de Santa Teresa de Jesús, esta otra; "¡Dios me libre de santos encapotados!"

Los tristes son seres enfermos que repelen. ¡Hay que tener gracia para derramar la Gracia de Dios!

Somos la juventud que peregrina; la auténtica juventud; la del optimismo, la del "últreya"; los infatigables; los juglares que vamos a Santiago con el canto en los labios y en el alma la Gracia de Dios.

¡Paso a la juventud! ¡Bate alas, corazón!



Sebastián Gayá Riera, pbro.



LOS "BACHES" DEL CAMINO

Yo soy el camino, la verdad y la vida. Con esta afirmación se presenta Jesús ante los discípulos de todos los tiempos dejándonos claro que para ir al Padre no hay otro camino que Él. Él es el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el origen y meta de nuestra vida.

Doy gracias a Dios por todos los peregrinos que, fiados de la palabra del Señor, asumieron el reto de echar las redes. Ellos fueron, los que me anunciaron en un Cursillo de Cristiandad la Buena Noticia de la Salvación, los que como a aquellas mujeres de la mañana de Pascua, me dijeron: *¿Por qué buscas entre los muertos al que vive?*¹. Y es que Él es el que vive.

Cristo resucitado envía a sus discípulos después de Pentecostés diciéndoles: *"Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda criatura"*. No hemos recibido el Espíritu del Señor para quedarnos parados, sino para ir. Es Él, quién tomando la iniciativa, nos hace vivir la vida como camino, como peregrinación, es a Él hacia quién queda orientada nuestra vida, una vez que le hemos conocido y como María hemos dicho: *"Hágase en mí según tu Palabra"*².

Si algo he aprendido de Sebastián, es que el testigo no puede estar parado. Que el que ha sido llamado por el Señor ha de estar, con la Gracia de Dios, dispuesto a dejar al punto la barca y las redes, y a emprender, ligero de equipaje, el camino que nos conducirá a la tierra prometida. Un camino que no estará exento de dificultades y en el que nos sentiremos, muchas veces como ocurrió con el pueblo de Israel, sin ganas de seguir adelante y con la terrible tentación de volver la mirada atrás. Sebastián Gayá en su artículo, llama a estos obstáculos del camino, "BACHES".

Cuando uno peregrina de verdad se encuentra irremediablemente con ellos. No es que uno busque andar por un camino por el que pueda tropezar, sino que se los encuentra. Lo mismo pasa en la vida nueva, la vida de la Gracia, que el Señor nos ofrece vivir, descubrimos que hay realidades que dificultan nuestro seguimiento de Cristo, que nos hacen parar y a veces retroceder.

Estos "baches" en los que todos tropezamos, y si alguno dice que no San Juan le recuerda que es un mentiroso, tienen un nombre: El pecado.

Todos en nuestra peregrinación somos conscientes de esta realidad, pero también de otra que nos colma de alegría; que el pecado y la muerte han sido vencidos en Aquel que nos ha amado y se entregó por nosotros. Desde ese momento y desde esta certeza, ante las dificultades, ha de resonar con fuerza en nuestro interior la voz del Señor que como a los discípulos en el lago nos dice: *¡Ánimo soy yo, no temáis!* Da igual lo largo que sea nuestro peregrinar o los baches que encontremos en él; para seguir basta con mirarle a Él y escuchar nuevamente su voz que nos dice: *¡Ánimo soy yo, no temáis!*

Estos baches que uno encuentra, a veces no están físicamente en el camino, sino que brotan de nosotros mismos; me refiero, por poner algunos ejemplos, al temor a descubrir que las etapas que hay que andar son duras y no vamos a ser capaces de resistir o de subir esta cuesta o de cruzar este río. Reconocemos nuestra debilidad, y que no estamos nunca suficientemente preparados para la misión, que solo nuestras fuerzas son insuficientes para el viaje que uno tiene que emprender.

Otras veces los obstáculos sí son externos a nosotros; las inclemencias del tiempo que nos hacen retrasar la marcha, el exceso de equipaje, las ampollas en los pies, las agujetas, el que los compañeros de camino necesitan de nuestra ayuda o nosotros de ellos, o que el cuerpo nos dice "ya no puedo más", y os aseguro que a veces pasa, por no hablar de cuando nos encontramos con un cartel dirección a la playa y decidimos que eso es lo nuestro y no lo del sacrificio o lo de caminar detrás de nadie.

Son situaciones en las que -como tantas veces en la vida- uno se plantea: "¿Señor que hago?" Bueno, no siempre uno se lo plantea desde el deseo de descubrir la voluntad de Dios, hay veces que se le abandona y punto. Ante esta tentación de abandonar por la razón que sea, es bueno escuchar la voz del Señor y descubrir su mirada penetrante clavada en los discípulos mientras les dice: "¿También vosotros queréis marcharos?" A lo que responderá Pedro: "¿Señor a quien vamos a ir si solo Tú tienes palabras vida eterna?"³.

Pues bien, esta es la certeza que mueve al peregrino, que nada tiene que ver con el vagabundo o con el turista religioso. Nosotros sabemos que nuestra verdadera peregrinación es a Él, pues no hay nadie más que tenga palabras de vida eterna. Es Él quien nos dice cómo hemos de caminar; los mandó de dos en dos, o el equipaje que tenemos que llevar; "No llevéis oro, ni plata, ni dinero en el bolsillo; ni zurrón para el

camino, ni dos túnicas, ni sandalias ni cayado; porque el obrero tiene derecho a su salario"⁴.

En esta peregrinación a Cristo, nos sentiremos débiles y caeremos en todos los "baches" que encontremos a nuestro alcance, pero no importa. Sabemos que Cristo con su muerte y resurrección nos ha liberado del pecado y de la muerte, que Él, antes de que nosotros nos pusiéramos en camino, ha realizado su peregrinación al hombre para buscarnos cuando nos perdemos, para recomponer nuestros corazones destrozados, para curar nuestras heridas o para, si es necesario, cargarnos sobre sus hombros y hacer por nosotros el camino que nos quede realizar hasta dejarnos, como Buen Samaritano, en la posada de la Iglesia.

Bendito seas Señor por habernos dado este lugar donde reposar, donde encontrar el aceite que cura las heridas y donde encontramos la comunidad en la que poder realizar acompañados el camino de la vida.

Pedro Pérez Lozano, pbro.
Viceconsiliario del Secretariado diocesano
del MCC de Madrid (España)

¹ Lc 24,5.

² Lc 1,38.

³ Jn 6,67-68.

⁴ Mt 10, 9.

ETAPA VI

LA CABEZA DE LA
PEREGRINACIÓN

1º

¿No te has fatigado aún, peregrino, en tu quinta etapa de romero? Sígueme, pues. Eres de los que, por no dejar la esteva del arado, son aptos para el Reino de Dios.

El amilanamiento, la abulia, el cansancio, no es de cristianos. Porque el cristiano es algo de Cristo; es un miembro de su Cuerpo Místico; y no sabe de desalientos. La frase bien vale un comentario. Verás.

Todos los hombres redimidos por Cristo vivimos de la vida sobrenatural que Cristo nos mereciera. Todos vivimos de su vida; todos de una misma vida: la que nos constituye hijos de Dios.

Pues bien: un cuerpo, un organismo vivo es un sistema ordenado de diversos aparatos vitales, como éstos son un conjunto de órganos, y el órgano un conjunto de tejidos, y el tejido un conjunto de células. Todo ese engranaje de células, tejidos y órganos tiene unidad porque hay un principio vital que los cohesiona y coordina y vitaliza.

Si todos los cristianos tenemos una misma vida con Cristo, luego todos for-



Pintocentro: Pórtico de la Gloria (Catedral de Santiago de Compostela).

mamos con Él un organismo vivo, un *cuerpo*. A eso llamamos el *Cuerpo Místico de Cristo*. Es la Santa Iglesia Católica.

Todos somos algo de Cristo.
Todos somos unos con Cristo.
Todos somos un Cristo.
Todos somos Cristo.

El principio vital que a todos nos unifica y vivifica es la gracia de Cristo que nos comunica el Espíritu Santo.

Sin el Espíritu Santo -alma de la Iglesia- ese Cuerpo no tendría vida; sería como aquel montón de huesos áridos que viera el Profeta Ezequiel, secos, descarnados, sin vida. A la voz del Profeta, se les infundió

el espíritu; los huesos cobraron movimiento; se articularon y juntaron; se vistieron de músculos y nervios; se recubrieron de piel... y empezó la vida.

Así también la Iglesia, el Cuerpo Místico del Señor. Jesús subió a los cielos. Sopló sobre el Cenáculo, la primera célula de su Iglesia, el Espíritu Santo. Y los fieles cobraron vida de aquel principio vital que sobre ellos se desbordó al infundirles su Gracia.

El cristiano es un fragmento del Cuerpo de la Iglesia.

El cristiano es un injerto de Cristo.

El cristiano es un ser actuado y manobrado por el Espíritu Santo.

¿Podrá sentir el desaliento? ¿Podrá desertar de su romería por las rutas de la santidad? ¿Tendría que desgajarse del Cuerpo; tendría que apostatar del Espíritu Santo!

2º

¿Cuál será la Cabeza de este Cuerpo? Es un miembro de la misma naturaleza que el resto del Cuerpo; pero es el miembro motor; el más perfecto; el más insigne.

Luego, *la Cabeza del Cuerpo Místico es Cristo.*

Es la Cabeza porque es el más excelente de todos los miembros. A su naturaleza humana une su naturaleza divina; es Dios además de hombre; es la cumbre de la creación.

Es la Cabeza porque Él rige todo el Cuerpo, como rige una cabeza todo el organismo. Rigió la Iglesia directamente en los días de su vida mortal; la rige invisiblemente hoy como Pastor de las almas, iluminando a sus jerarcas, comunicando sus directrices, abogando a favor de ella, salvándola de los escollos y la rige visiblemente por el que es su Vicario, su Vocero, su Virrey, el Papa de Roma, y los Obispos y los Párrocos en unión con el Pontífice.

Es la cabeza porque ese Cuerpo necesita de Cristo tanto que sin Él nada puede hacer, ni pensar, ni desear.

Es la Cabeza porque de Él deriva la vida de ese Cuerpo, ya que por Él tiene la luz que extingue todas las tinieblas y la santidad que retoza de todos sus miembros.

¡Peregrinos: con tal Cabeza, ¿qué no haréis?! ¡Si Él es la vida, si Él es la fuerza, si Él es la luz, ¿cómo habrá muerte y noche e inacción en sus miembros?! Tenemos la Cabeza perforada de espinas, chorreando amor. ¡Peregrinos; a sufrir, a vencer, a amar! ¡Cristo a la vista! ¡Cristo en cabeza de formación! ¡En marcha tras Él, peregrinos!

3º

“Todos nosotros, dice Pablo, somos bautizados en un mismo Espíritu para formar

un solo Cuerpo, ya seamos judíos, ya gentiles, ya esclavos, ya libres". Todos somos llamados a ser miembros del Cuerpo de la Iglesia Santa; por eso somos todos llamados a la romería de la santidad.

Sólo los que no han recibido las aguas regeneradoras del Bautismo, o los que, habiéndolas recibido, han apostatado de su fe, o han sido excomulgados por la jerarquía, o le han negado acatamiento no pertenecen de hecho a este Cuerpo.

Pero aún los pecadores, privados de gracia, si algún día la tuvieron, son miembros efectivos. La infinita misericordia del Redentor no les niega un sitio en su Iglesia a quienes no negó participación en su Sangre. Estos serán miembros muertos, dado que no tienen la gracia, principio de vida; pero son miembros a quienes la Madre Iglesia mima como a pobres enfermos, para que de nuevo abran el corazón a la vida: ruega por ellos, se afana por ellos; por ellos se sacrifica. Ruega tú también por ellos y afánate por llevarlos a Dios.

Los que viven en gracia, he ahí las falanges de los auténticos miembros, los miembros vivos, aquellos que reciben el jugo, la savia, la vida que mana de la Cabeza del Cristo Pastor.

Miembros vivos, los que en gracia peregrinan hacia Dios sobre la tierra; miem-

bro vivos los que en el purgatorio, finida la peregrinación, purifican con los tormentos transitorios, la última escoria de sus almas; miembros vivos, los que en la gloria constituyen ya definitivamente el Cristo glorioso formado por el Cristo Hijo de Dios y por los Cristos, miembros de Él. De mí depende que sea una célula gloriosa de ese Cristo o un tizón que arda en los fuegos eternos, decapitado de Cristo.

4º

El principal de los miembros de Cristo es su madre, María. Ella nos dio al Redentor, Cabeza de la Iglesia. Ella nos lo dio para redención, conformándose con su muerte.

Luego ella nos dio la Vida. Es la Madre de la Iglesia y Madre de la Cabeza de la Iglesia y Madre de los miembros de la Iglesia. ¡Salve Madre!

Y pues Ella nos dio a Cristo, fuente de la Vida, y mereció con Cristo la Redención, fuente de la Gracia. Ella es la dispensadora de toda gracia, es la superintendente de todos los tesoros de Dios, es la Mediadora Universal de todas las gracias.

Toda nuestra vida está en sus manos.

Todo su amor en nuestros corazones.

Es la Madre de todos los peregrinos. No decaigas; no desesperes; no llores. ¡Tenemos Madre!

A los pies de Santa María del Pilar empezó la Juventud Católica de España su peregrinación a Santiago.

¡Por María hacia Cristo, hacia Dios!

Madre: en tu mes de Mayo, los romeros de España se hincan ante tus plantas, para emprender sus rutas de santidad.

Sebastián Gayá

Sebastián Gayá Riera, pbro.



LA CABEZA DE LA PEREGRINACIÓN

¡Emprender rutas de santidad! ¡¡A Santiago, santos!! ¡¡Para Santiago, santos!! Don Sebastián Gayá, en la sexta etapa de un peregrinar, nos muestra a Cristo como Cabeza de la peregrinación, para centrarnos en Él, sólo y del todo en Él.

Cada etapa del peregrinar prepara y lanza hacia la siguiente. “¿No te has fatigado aún, peregrino, en tu 5ª etapa de romero? Sígueme, pues; eres apto para el Reino de Dios”. Apto porque no has vuelto la vista atrás, apto porque sabes bien de quien te has fiado.

Emprender y reemprender rutas de santidad, infatigablemente. Este es el impulso más profundo del vivir humano y cristiano. Pero, ¿cómo hacerlo siendo tan mediocre como soy? ¿Cómo hacerlo contra tantas resistencias en los ambientes? Sólo hay una respuesta: siendo algo de Cristo, siendo uno con Cristo, siendo uno en Cristo. Este es el grito continuo de la Iglesia, y el de Gayá y el de Cursillos.

Yo pude escucharlo en 1974 porque esta verdad esencial fue proclamada en 1946, en las **Etapas de un peregrinar**: “peregrino, emprende rutas de santidad, no te demores”. Y lo sigo escuchando ahora, en 2004: “peregrino, ¿no estarás cansado o desalentado? Reemprende rutas de santidad”. Pero, ¿cómo? Y de nuevo soy llamado a dejarme conducir al centro, a la raíz, a lo esencial cristiano: siendo uno con Cristo, siendo de Cristo.

En 1974, terminada la carrera de Medicina, estaba en Barcelona haciendo la especialidad. Me había apartado hacía tiempo de Dios y de la Iglesia. En el hospital, conocí a un compañero médico, Dámaso, que vivía con una alegría y una paz..., vivía su vida y la profesión con una plenitud de sentido que me hizo palpar lo desnortada y vacía que andaba la mía, y me provocó un deseo enorme de tener lo que él tenía. Me invitó a un Cursillo de Cristiandad. Y fui.

La verdad es que no entendí casi nada de lo que nos decían en los rollos. Sólo fui capaz de entender dos textos de la Escritura en todo el Cursillo: el primero, “el que no está conmigo está contra mí”. No era posible mantenerse al margen ni permanecer neutral, porque Cristo me decía a mí, Él, personalmente: “el que no está conmigo está contra mí”. Y tenía que hacer la elección ese fin de semana, porque me daba cuenta de que estaba en el momento crucial para mi vida. Yo sólo sentía inseguridad y una pena más y más grande por mis pecados. ¿Cómo podía yo seguir a Cristo? ¿Adónde me llevaría?

Aún más, ¿cómo podía Cristo decirme que le siguiera después de cómo me había portado yo con Él? ¿Cómo podría perdonarme?

Otro texto que escuché vino a poner luz: "Mis caminos no son vuestros caminos ni mis planes son vuestros planes. Como el cielo está por encima de la tierra, así mis caminos sobre vuestros caminos y mis planes sobre vuestros planes". El Señor, con mucha paciencia y suavidad me decía: no quieras saberlo y controlarlo todo; tú fíate de mí, echa a andar y vente conmigo. Y sucedió algo maravilloso: Cristo mismo, en la persona del sacerdote del Cursillo, el P. Ginés, escuchó la confesión de todos mis pecados y me los perdonó. Sin ningún reproche, sin ningún signo de desprecio, sin ningún juicio condenatorio, el sacerdote me perdonó todo y del todo. Eso sí, tenía que cambiar de vida. Pero eso no sonaba en absoluto a castigo sino a promesa de un don apasionante.

Pero todavía no estaba convertido. Todavía quería llevar yo las cosas a mi aire, yo solo, por mi cuenta. Y el Señor me convirtió en la Clausura del Cursillo, al encontrarme con la Iglesia, visible en la comunidad que había hecho posible el Cursillo y nos acogía llenísima de gozo. El Señor me convirtió al concederme encontrarme con la Iglesia presente en la comunidad de Cursillos de Cristiandad para Jóvenes de Barcelona, y concederme dejarme encontrar por ella. Durante todo el Cursillo había estado escuchando "¡¡ser santos y apóstoles!!", sin entenderlo; y ahora, ante el testimonio de la comunidad presente, se hacía una verdad que entusiasmaba toda la vida. Era algo tan rotundo, tan radical y tan perentorio como aquél "¡¡A Santiago, santos; ¡¡Para Santiago, santos!!" Mejor dicho, no era como aquel grito sino que era ese mismo grito de peregrinación, el grito que resonó entonces. Y porque unos seglares y unos sacerdotes lo gritaron entonces, seguía resonando vivo y vivificante aquí y ahora.

En la Clausura, delante de toda la comunidad, me entregaron una Guía para peregrinar y un crucifijo, y mirándome a los ojos me dijeron en voz alta: "¡Cristo cuenta contigo!" "¡Y yo con Él!", respondí. Así, sí: todo se hacía posible. Cristo era la respuesta a todo; Él era la razón y el centro; con Él, con su gracia en la comunidad, no cabía menos que la santidad.

Yo no entendí casi nada de lo que me dijeron en el Cursillo, pero cuando acabó la Clausura yo no podía dejar de hablar, y lo mismo al día siguiente en el Hospital, yo no podía dejar de hablar de Cristo, de lo que había visto y oído, y de los miles de pro-

yectos de santidad y apostolado que se podían anhelar. Y, ¡cómo deseaba que llegara la Ultreya para encontrarme con mis hermanos! Y, ¡qué entusiasmo por aquella vida nueva en gracia que comenzaba y que todo lo hacía nuevo! Y, ¡qué deseo y qué impaciencia porque todos conocieran a Cristo y a su Iglesia! ¡Que ganas de que llegara la Reunión de Grupo semanal y qué entusiasmo por ser santos y serlo juntos!

Eucaristía diaria, fidelidad semanal a la Ultreya y a la Reunión de Grupo, piedad, estudio y acción, la Virgen María. Dos años después, en este caminar en cristiano, saliendo de una guardia iba caminando a encontrarme con el P. Ginés para hacer dirección espiritual. Una idea se me venía clara y gozosa a la cabeza: dejarlo todo y vivir sólo y del todo para Cristo. ¿Sería señal de que tenía vocación de algo? Se lo pregunté al P. Ginés y me dijo que lo rezara y que ya hablaríamos al año siguiente. Y al año siguiente seguía el pensamiento y, acabada la especialidad, me fui al Seminario de Toledo junto con otros dos hermanos de Comunidad; cinco más estaban ya allí. Y teníamos en el Seminario nuestra pequeña Ultreya semanal. Aquí tuve la gracia de conocer a Sebastián Gayá, y en él la historia de gracia y de respuestas que había hecho posible -y seguía haciendo posible- el Movimiento de Cursillos.

“¿No te has fatigado aún, peregrino, en tu caminar de romero? Sígueme, pues; eres apto para el Reino de Dios”. Que enormemente admirable es que Sebastián Gayá no se haya cansado en su servicio a Cursillos. Me explico que no se haya cansado de vivir con Cristo y desde Cristo, porque es su vida y su razón de ser, pero ¿cómo no se ha cansado en su empeño a favor de Cursillos? ¿Cómo no se ha rendido ante tantas contradicciones y secarrales? ¿Cómo ha sido capaz de mantener esa total e incansable dedicación? ¿De dónde ese entusiasmo?

Lo decía él en 1946 y lo sigue viviendo y proclamando hoy: “El cristiano es un fragmento del Cuerpo de la Iglesia. El cristiano es un injerto de Cristo. El cristiano es un ser actuado y manipulado por el Espíritu Santo. ¿Podrá sentir el desaliento? ¿Podrá desertar de su romería por las rutas de la santidad?” “El cristiano es algo de Cristo y Cristo no sabe de desalientos”. Eso decía y dice con su vida Sebastián. ¿Y yo? ¿Y tú?

Encontrarse con Sebastián Gayá es ver a un testigo, es escuchar una proclamación viva: “¡emprende rutas de santidad, no te demores! No es cosa tuya sino de Cristo. Cristo está contigo, a la cabeza de la peregrinación, es la cabeza; y la vida es vivir en él y con él. No temas, déjalo todo para seguirle sólo y del todo a Él”. Ver a Gayá es escuchar

esto y sentir un deseo enorme en el corazón: Señor, concédeme que seas para mí lo que eres para Sebastián Gayá, y que así lo seas para todos.



Miguel Sebastián Romero
Sacerdote diocesano

ETAPA VII

LA VIDA DEL PEREGRINO

1º

Como regalo de sus bodas de plata episcopales, Pío XII, el padre de la cristiandad, obsequió a sus hijos con una maravillosa Encíclica: la del Cuerpo Místico de Cristo, la que os escribía en el número precedente de PROA.

Los miembros de ese cuerpo, viene a decir el Pontífice, deben vivir para sí, para los demás miembros, y para todo el Cuerpo. He ahí una triple vida, o una triple motivación de la vida de todo peregrino.

Vivir para sí. -En eso se distingue el Cuerpo Místico de un cuerpo físico: en que en un cuerpo físico todo miembro no vive para sí sino primordialmente para la vida de todo el cuerpo; mientras en un Cuerpo Místico los miembros viven su propia vida.

Cristo es la fuente de la vida. Y de esa fuente debe beber quienquiera aspire a vivir. Fuera de Él, sólo hay miasmas de muerte. Tajantemente nos dijo Él: "Yo soy la vida".

Pero cada cristiano debe completar la pasión de Cristo, dice San Pablo. Es decir: debe aplicarse los merecimientos de



Timpano Central. Pórtico de la Gloria (Catedral de Santiago de Compostela).

Cristo y vivir al unísono con Él. "Quien te creó sin ti, no va a salvarte sin ti". La salvación, la santidad, la vida sólo estriba en una cooperación íntima a la obra del Señor en las almas.

Esa vida puede merecerse por la oración y conseguirse por los Sacramentos. La gracia nunca falta al peregrino.

Pero una vez abastecidos, es preciso actuar. Los turistas pueden que dispongan de autocares de última creación; pero los romeros tienen que echar a andar escalando cumbres. Y somos romeros, no turistas.

Es preciso nuestro esfuerzo, nuestro sacrificio, ¡nuestra vida! Porque para vivir es preciso... ¡vivir!

Y como esa vida es la vida que Cristo nos difunde, la suya, luego vivir esa vida es vivir a Cristo, es vivir de Cristo, es vivir con Cristo, es vivir por Cristo, es vivir a lo Cristo.

Vivir para sí; es introducir a Cristo en sí.

Vivir para sí; es impregnarse y embeberse de Cristo.

Vivir para sí, es construir la vida sobre Cristo, cimentados en Él.

Vivir para sí, es integrarnos en Cristo. Y el injerto no discute, ni niega, ni obtura, ni destruye al tronco en el que se injertó.

Vivir para sí es aniquilar cuanto llevamos torcido, concupiscente, podrido, humano, para querer, pensar, hablar y actuar como Cristo, si Él anduviera, como nosotros, en el hogar, en la calle, en la escuela, en el taller, en el campo, en el Centro o en el fútbol. Y no digo en... porque sería difícil llevar a Cristo allí.

Vivir para sí es llevar en sí ¡y con garbo! La silueta de Cristo. Y será... ¡porque Dios ayuda y Santiago!

2º

Vivir para los demás miembros. Y en eso se distingue el Cuerpo Místico de otro

cuerpo simplemente moral: en que en un cuerpo simplemente moral, la unidad sólo se obtiene por un principio externo, por un afán de cooperación a un único fin.

En cambio en un Cuerpo Místico existe un principio interno común, una comunidad de vida, en virtud de la cual, es una misma la vida que viven todos los miembros, de tal forma que su vida beneficia y acrecienta la vida de los demás.

Las obras de cada miembro repercuten sobre todos los demás miembros. Algo hay en mí de los merecimientos del misionero del Japón, o de la abnegación de nuestros hermanos mártires de la Cruzada. Todo aprovecha a todos.

En ello se funda precisamente el apostolado de la Acción Católica. Somos vasos transmisores, no cisternas huecas.

Por eso no puede existir el cristiano parásito, que sólo anhela recibir, ni el cristiano deportista que se juega alegremente la vida, ni el cristiano quietista que se cree bueno... porque no la emprende a tiros con quienes no piensan como él.

“Recibimos la vida y la damos” dice Pío XII. Y añade unas palabras que no necesitan -¿para qué?- de comentario. Rumiadlas, archivadas; mejor dicho, no las archivéis: ¡vividlas! Dice así: “Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante: que la salvación de muchos

depende de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, y de la colaboración de los Pastores y los fieles”.

¿No te escalofría pensar que de ti depende, en parte, el número de los que se salven? Vuélvelo a leer. Y cuando lo hayamos vuelto a leer por tercera vez. ¡¡Oraciones! ¡Sacrificios! ¡¡Apostolado!! Vete ante un Sagrario... y medita.

3º

Vivir para el Cuerpo Místico. La Iglesia debe conseguir su incremento, en cantidad y en calidad, por el incremento de sus miembros en cantidad y en calidad.

A un miembro no puede resultarle indiferente el esplendor, la belleza, la fuerza, el triunfo y la vitalidad del Cuerpo en el que está incrustado. La gloria del Cuerpo es su gloria; y los temporales que afligen el Cuerpo, le afligen a él.

Por eso hay que vivir para la Iglesia.

Vivir para la Iglesia es *sentir* con ella: sustentar en todo y a rajatabla su criterio, cumplir en todo y a rajatabla sus consignas; participar en sus quebrantos y en sus temores y en sus victorias; tener el corazón latiendo con el corazón de la Iglesia.

Vivir para la Iglesia es *trabajar* por ella: prestando nuestros brazos a sus empresas, entregando nuestro apoyo a sus ideales, defendiendo a ultranza sus obras.

Vivir para la Iglesia es *darnos* a ella. Todo nuestro cielo será el ser miembros de la Iglesia Triunfante; por ella lo habremos ganado. Toda nuestra prosapia cristiana en la tierra a ella la debemos. ¡Amor, con Amor! ¡Don, con Don! No te regatees, peregrino, te debes a la colectividad.

Cuando, en la meta de tu romería, llegues al Pórtico de la Gloria en Santiago, o ante los umbrales de la Gloria en el Cielo -etapas de peregrinar- no te arrepentirás de haber puesto aquel capital, aquella imagen de tu colaboración espiritual, para la grandiosa arquitectura, para la edificación de la Santa Iglesia.

¡Peregrino... es hora de echar a andar!

¡Ultreia! ¡Possumus! ¡Podemos! ¡Por Santa María, en marcha!



Sebastián Gayá Riera, pbro.



LA VIDA DEL PEREGRINO

La preparación de la Peregrinación Nacional de jóvenes a Santiago de Compostela en 1948 -¡100.000 jóvenes a Santiago, santos!- fue la excusa del Espíritu para provocar en la iglesia de Mallorca, en la década de los cuarenta del siglo pasado, el inicio de un Movimiento que llegaría en pocos años a difundirse por los cinco Continentes.

Unos jóvenes insatisfechos se dejaron entusiasmar por Cristo y empeñaron sus energías en hacer que la Iglesia se pareciera cada vez más a la Iglesia que Cristo soñó, la Iglesia por la que Cristo dio la vida. Aquellos jóvenes -seglares y sacerdotes- fueron instrumentos activos del Espíritu en el nacimiento de lo que luego se llamaría el Movimiento de Cursillos de Cristiandad.

En íntima comunión con su obispo, con quién celebraban cada viernes la Eucaristía en su capilla privada, aquellos jóvenes seglares y sacerdotes llegaron a compartir una misma mentalidad y a convivir una misma inquietud apostólica; y empezaron a trabajar con una misma finalidad: hacer un mundo más cristiano, haciendo más cristianos a los hombres. Y, con un mínimo de organización, comenzaron su trabajo, ensayando un método para conseguir la finalidad intentada.

El descubrimiento de un método -el Cursillo- capaz de conseguir en tres días el encuentro con uno mismo, con Cristo y con los demás y de entusiasmar a los “alejados”, origina una verdadera revolución en la Iglesia. Este descubrimiento no fue fruto del azar, sino que fue suscitado por el Espíritu y trabajado arduamente por aquel grupo de jóvenes -seglares y sacerdotes- bajo la mirada atenta y paternal del obispo diocesano D. Juan Hervás.

El ambiente creado por las actividades de preparación de la Peregrinación: los cursillos de Adelantados y de Jefes de peregrinos -organizados por el Consejo Nacional y por el Consejo Diocesano de la AC de Manuel Aparici-, las peregrinaciones marianas, las asambleas y congresos diocesanos de jóvenes de AC, la revista Proa con sus **Etapas de un peregrinar**, la fundación de la Escuela de Propagandistas -cuyo primer director fue Sebastián Gayá-, el impulso dado a la AC de jóvenes por su nuevo presidente diocesano -Eduardo Bonnín-, la encíclica Místici Corporis de Pío XII..., fueron creando una “mística” propicia a la acción del Espíritu Santo.

Es difícil, por no decir imposible, medir cuál fue la aportación de cada uno de los actores humanos al nacimiento de los Cursillos. Lo que está claro es que el Cursillo no es obra de un solo individuo que recibe una inspiración especial del Espíritu, sino que aparece como una obra del Espíritu en su Iglesia, sobre la que previamente ha ido derramando sus gracias y bendiciendo con sus carismas. Los jóvenes dirigentes de AC que ensayan y organizan; los sacerdotes que los acompañan, forman y orientan; el Obispo que discierne y apoya... cada uno aporta algo importante, pero sería injusto atribuir a alguno en particular un protagonismo que pertenece sólo al Espíritu. Los mismos iniciadores del Movimiento se reconocen así mismos como “parteras” más que como “madres”.

Un sacerdote joven -entonces también en años-, Sebastián Gayá Riera, fue forjando, con el fuego del Espíritu, el alma, las inquietudes y las ilusiones de unos jóvenes, que no se conformaban con la mediocridad mayoritaria del ambiente eclesial de la época. Por su cercanía al Obispo desde sus distintos cargos de confianza en la curia y por su estrecha relación con los jóvenes del Consejo Diocesano de AC, fue como el “enlace” entre el Obispo y los jóvenes que hizo posible que el intento no se frustrara en sus orígenes.

¡Cuántas veces le he oído decir a Sebastián que Cursillos es un fruto de la Encíclica *Mistici Corporis*! Después de releer esta VII Etapa de un Peregrinar, se ve muy clara la fuente de la que bebieron los iniciadores del Movimiento. Vivir a Cristo, la gracia, la falsa y la auténtica piedad, la conversión, sentirse Iglesia, la responsabilidad en la salvación de los demás, la acción, las oraciones y sacrificios, llevar a Cristo a los ambientes, el Sagrario, la íntima colaboración de laicos y sacerdotes... Conceptos que ya aparecen en esta “Etapa” y que resuenan hoy con la misma frescura y fuerza que debieron sonar ayer a aquellos jóvenes insatisfechos, pertenecientes a la Acción Católica mallorquina, iniciadores de los Cursillos de Cristiandad.

Treinta años después del primer Cursillo -del 7 al 10 de enero de 1949, en San Honorato, Mallorca-, a mí también me contagió. Hice mi cursillo en 1979, en Madrid, y allí conocí a Sebastián Gayá. Era el Director Espiritual de mi cursillo, auxiliado por Valentín Arteaga. Recuerdo que en el cursillo me impactó fuertemente Valentín por su manera directa de decir las cosas, Sebastián me pareció demasiado “poético”. Así se lo dije a Valentín, que debió mirarme como diciendo “vaya ojo que tienes”. Sin duda el testimonio de estos dos grandes sacerdotes influyó en el posterior descubrimiento de mi vocación.

El testimonio semanal de Sebastián en la “Ultreya de Claudio Coello” -de la que nacieron la mayoría de las actuales Ultreyas de Madrid- y la escasez de sacerdotes para las actividades del Movimiento hicieron que el Espíritu suscitara en mí una pregunta “¿y por qué no yo?” Empecé a tratar con Sebastián hasta que el Señor habló claro e ingresé en el seminario. Desde entonces Sebastián ha sido para mí un padre y un amigo. La Escuela de Dirigentes de San Pablo -que nos reuníamos entonces en Magallanes, 25-, las reuniones de preparación de cursillos, los cursillos como dirigente seglar, la Ultreya semanal, las Convivencias Eclesiales... Sebastián era como el alma de todo, y yo como una esponja que trataba de absorber todo lo que aquel hombre, de mirada penetrante y cálida, transmitía.

Después de ser ordenado sacerdote he tenido la oportunidad de participar en muchos cursillos junto con Sebastián, que implacablemente me corregía los rollos y mis meteduras de pata de sacerdote novato. Padre, amigo, confidente, consejero, modelo... Eso es Sebastián para mí. Y siempre respetuoso con la acción de Dios en mi vida. Cuando le dije de mi inquietud misionera, me apoyó incondicionalmente, aún sabiendo que eso supondría un alejarme físico de Cursillos de Madrid y de los posibles proyectos que él pudiera tener sobre mí.

Ahora, cada vez que paso por Madrid, no puedo dejar de visitarlo y concelebrar con él, en su casa, la Eucaristía. Su mente clara sigue iluminando mis encrucijadas y su mirada profunda no admite el disimulo. En su cuarto, su bordón de peregrino, testigo de aquella famosa peregrinación y de la mística de la que nacieron los Cursillos de Cristiandad, como diciendo: ¡Peregrino... es hora de echar a andar! ¡Ultreia! ¡Possumus! ¡Podemos! ¡Por Santa María, en marcha!

De Colores.



Antonio Diufaín Mora, pbro.

*Consiliario del Secretariado diocesano del MCC de
San Pedro de Macorís (República Dominicana)*

ETAPA VIII

ITINERARIO DEL PEREGRINO DE CRISTO

I. NUESTRA META SUPREMA

Ser del grupo de auténticos apóstoles que lleven a los jóvenes a los pies de Cristo. La conquista de las almas se lleva a cabo por minorías que actúan sobre las masas; a mayor virtud sobrenatural se requieren menos Apóstoles; a mayor virtud sobrenatural es más eficaz su influjo.

Queremos ser *luz* copiosa para los jóvenes en tinieblas.

Queremos ser *sal* no desvirtuada para los jóvenes corrompidos.

Queremos ser *fermento* eficaz para los jóvenes indiferentes.

Queremos ser *guías* de jóvenes que peregrinen hacia la santidad.

Nuestra misión es ésta: conquistar; *conquistar; conquistar siempre.*

II. NUESTROS CAMINOS: Piedad, estudio, acción.

a) PIEDAD: METAS PARTICULARES

1.- Conservaré y defenderé a Cristo, que está en mi alma por la vida de la gra-



San Pablo, Santiago y San Juan. (Catedral de Santiago de Compostela).

cia. Los medios son:

Ser centinela para avizorar y ahuyentar los peligros.

Luchar, a brazo partido, cuerpo a cuerpo con el mal.

Orar frecuente, confiada, perseverantemente. Mi mejor oración es mi actuación en la Misa. Mi mejor abogada en la oración, mi Madre, Corredentora y Mediadora de todas las gracias.

2.- Desarrollaré a Cristo en mi alma. Los medios son:

La gracia sacramental: haré fructificar mejor el Bautismo y la Confirmación que me hicieron miembro y soldado de Cristo;

recibiré con más asiduidad y fervor, la Penitencia y la Eucaristía. Sin Eucaristía no se puede vivir.

El estudio de Cristo. El que le desconoce, no puede ser conscientemente su miembro.

El mérito personal, adquiriendo virtudes genuinamente cristianas.

Buscaré en todo la voluntad de Dios: para Él, sólo una respuesta: “Sí, Padre”.

Amaré la Cruz: soy hijo de un Cristo incómodo.

Me entregaré a la caridad: sin ella, seré lo que sea, pero de Cristo, no.

Defenderé como un alcázar mi pureza; y la pureza, como la nieve, baja de lo alto.

Querré a la mujer con el amor-tipo: como Cristo ama a su Iglesia. Así; sólo así; siempre así.

b) ESTUDIO: METAS PARTICULARES

1.- Voy a conocer al Cristo personal, por el Evangelio la Tradición; y al Cristo Místico en la auténtica historia de la Iglesia y en los documentos pontificios. La palabra y la actitud de Roma será mi palabra y mi actitud.

2.- Voy a dar de lado esa literatura desleída, fofa, de vulgarización. Los seleccionados por Cristo deben ser espíritus seleccionados por Cristo, mayor desarrollo de Cristo, mayor conocimiento; mis fuentes serán la Sagrada Escritura, y las normas pontificias.

3.- Voy a reflejar esas enseñanzas en mi vida: mis brazos y mi corazón vibrarán al ritmo de mi mente, llena de Dios.

c) ACCIÓN: METAS PARTICULARES

1.- Imprimir en todas las almas de los jóvenes de Mallorca a Cristo. El miembro que no hace discurrir la vida a la Cabeza, o es miembro acéfalo, o atrofiado, o enfermo. El joven que no actúa es un viejo de veinte años.

Y hay que evangelizar aún sin esperar la capacitación completa del conquistador; de otra suerte, Cristo estará siglos padeciendo de sed.

2.- La técnica de conquista de las almas:

Es una lucha violenta entre Cristo y el mal.

Exige tres cooperaciones: la divina, siempre indispensable y eficaz; la del pecador, indispensable pero no siempre eficaz; la del apóstol, ordinariamente necesaria, pero no siempre indispensable ni eficaz.

Al final de la lucha, el apóstol de A. C. es responsable, como lo es, en su orden, la Jerarquía, no del éxito sino de la falta de cooperación humana y sobrenatural, en la ejecución de las directrices que los pastores propongan.

3.- Mis armas son:

Echar mano de todos los medios humanos, como si de ellos dependiese el triunfo.

Las manos cruzadas no son manos de Cruzados.

Hasta con simpatía iré abriendo surcos al bien.

Distribuir a diestra y a siniestra la palabra y el sentir de Cristo. No soy cisterna hueca, sino fuente que salta.

Orar pidiendo la cooperación de Dios y del pecador. Las rodillas de los Centros son tremendas catapultas contra el mal.

Sufrir por Cristo y las almas todos los sacrificios. Todas las victorias bajan de una Cruz.

Romper, con nuestra acción, esa muralla de prejuicios de los que no vienen porque no sabemos qué hacer.

Tener ante el peligro prudencia audaz: ante el combate, firmeza invicta cimentada en Dios; en el uso de las armas, dulzura y amor.

Somos herederos del Apóstol del "Possumus"

¡¡Podemos!! Porque Dios ayuda y Santiago.

¡Podemos! Con Sta, María de Lluch.



Sebastián Gayá Riera, pbro.



"TRÍPODE"

De una mentalidad nueva surge el MCC. Es como su origen. En esa inspiración inicial del Espíritu Santo se encuentra el núcleo de la razón de ser en la vivencia cursillista. El Espíritu Santo inspira criterios, convicciones, actitudes; y discerniendo según Él se toman las decisiones. Así hace Él en la Historia de nuestra Iglesia, y en la historia de nuestro MCC.

Pero hay un rasgo esencial de la mentalidad que suscita la vivencia de contacto con el Señor Resucitado: es una mentalidad vencedora. Una vivencia triunfal del cristianismo como experiencia de la salvación integral que en Jesucristo se nos ha dado. La mentalidad vencedora conlleva una espiritualidad de combate en la vivencia de la fe, tan propia del MCC, en sus inicios y en nuestros días. Los iniciadores eran igualmente conscientes de vivir la fe en victoria, y de continuar la lucha con Jesucristo como único Capitán y Señor.

Esa espiritualidad de combate era para los iniciadores, y es hoy para nosotros, inmune a lo "políticamente correcto", propio de una pastoral de conservación e impropio de una pastoral kerigmática, de anuncio, de conquista. La pastoral kerigmática nace de la misma efusión pentecostal de Hch 2, que el Señor prolonga y renueva en su Iglesia, dotando a esta de las armas necesarias para llevar a cabo la lucha (Ef 6,11). En la vivencia kerigmática incipiente de los inicios no eran necesarios los eufemismos ni los paños calientes: se llamaba a las cosas por su nombre, lo cual siempre es de agradecer para el que se inicia en la fe, y muy desinhibidor para el que la anuncia. Es cierto: luchamos no sólo *"contra la carne y la sangre"* (Ef. 6,12), sino contra los enemigos de las tinieblas; son muchas las dificultades en medio de la conquista de la fe, Misión del apóstol (*"conquistar, conquistar siempre"*), *"nuestro ser"*, nuestra meta.

Pero la mentalidad vencedora que nace del Encuentro con Jesucristo muerto y resucitado hace afrontar la Misión con la alegría de la victoria.

¿Qué medios, qué camino seguir para ser luz, sal, fermento, guía en medio del mundo? A esta pregunta trata de responder la fórmula del "Trípode", propuesta por Sebastián Gayá como itinerario del peregrino en Cristo, que será itinerario del cuarto día para el cursillista, las armas del combate en la vida de fe.

La **vida de Piedad**, que es más que la sola oración, nos une en comunión con Aquel que colma nuestros anhelos, Aquel que hace *"arder nuestro corazón"* (Lc 24,32). Nos prepara para la lucha, quita nuestros miedos y nos une a los hermanos en la intercesión. Esta vía se concreta en la oración personal, en la celebración frecuente de la Eucaristía y la Penitencia, y en un ascetismo sobrenaturalmente vivido como respuesta a la Gracia recibida, y vivirlo apasionadamente: el que ha sido conquistado por Cristo sabe el precio de su Salvación -la Sangre del Señor- y se apasiona al ser llamado a participar de la misma Misión salvífica, como apóstol, desde la intimidad con Él.

El **estudio** ("formación" diríamos hoy más correctamente) nos hace conscientes de nuestra pertenencia a Él, y más sensibles a dejarnos dar forma, ser transformados. ¿Cómo? Por el contacto con la Palabra de Dios, *"espada del Espíritu Santo"* (Ef 6,17), y con la Iglesia viva: Tradición y Magisterio. Constituyen el alimento que hace crecer al cristiano en el conocimiento de su Señor. Un conocimiento personal, vivencial, de contacto.

La **acción** es llevar a Cristo a todos; es el deseo de quien le ha conocido VIVO. No hace falta ser teólogo para ello; es más: suele ser mejor no serlo.

Dios, que elige y envía, hace posible la evangelización; la propia palabra "evangelizar" es más kerigmática que la fórmula tradicional y seguramente más estática y anquilosada "hacer apostolado"; va más cargada de Espíritu Santo, y es la que usa en el artículo el propio Sebastián. La forma de actuar, de evangelizar, tiene los rasgos de quien ha vivido un Pentecostés personal y comunitario: alegría, valentía, libertad. La alegría contagia, la valentía derriba murallas y la libertad huye de prejuicios y respetos humanos. Todo ello vivido en la humildad de Cristo.

Estos caminos tienen la pretensión de conducir al evangelizador, al soldado, a la Victoria en Cristo, consciente de que no lucha solo, sino en Iglesia, en comunidad. y confirman en la mentalidad vencedora a todo el MCC, heredero de aquellos orígenes, de aquella vivencia espiritual que hace exclamar a Sebastián con los Apóstoles Santiago y Juan: *"¡Podemos!"*.

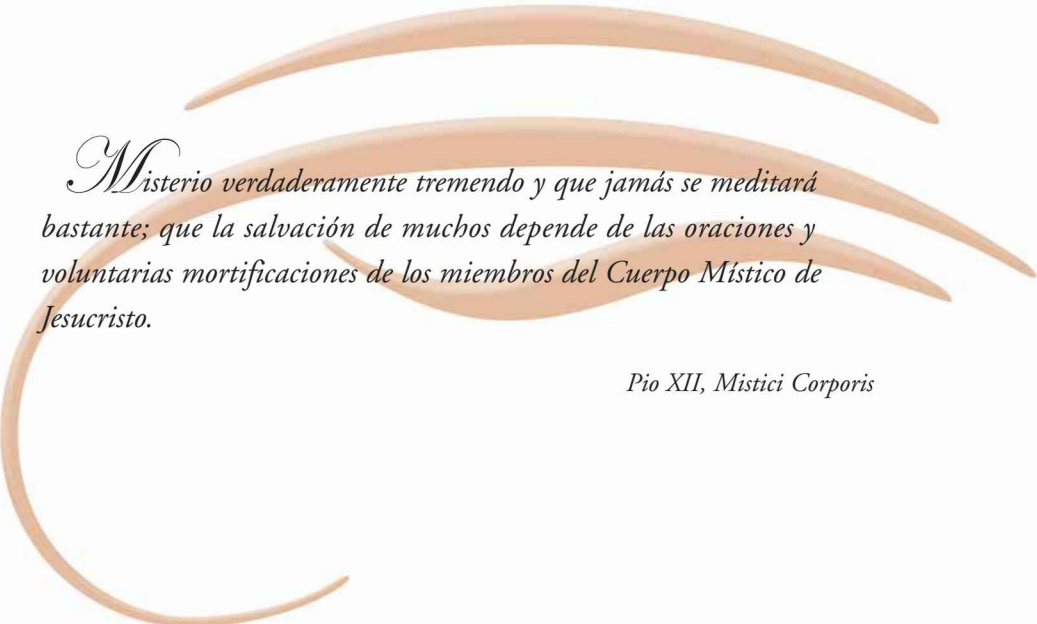
Siempre *"en pie"* (Ef 6,14): predicando y peregrinando: es una actitud ante la Misión, en nuestro ser y sentirnos Iglesia, frente a la tentación conformista y timorata de siempre, que amenaza con anestesiar a la Iglesia. El kerigma ni se anuncia ni se vive desde una silla.

De la vida de piedad, formación y acción se alimenta todo cristiano, laico, obispo, presbítero, diácono, consagrado. Sólo desde la vivencia kerigmática que nace del gozo de la salvación por el Encuentro con Cristo Vivo, el "Trípode" es una fuerza arrolladora. Desde que Él salió a mi encuentro, en marzo de 1995 se me reveló como Señor, y en el camino del MCC, con sus mediaciones, le sigo viviendo como Señor, también ahora como presbítero.

Gracias a Él, que nos salva y nos regala los medios para vivir su Salvación en su Iglesia, en el MCC.



Manuel Aurelio Lorente Álvarez , pbro.



Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante; que la salvación de muchos depende de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo.

Pio XII, Mistici Corporis

RESCATADA EN ORACIÓN PARA RESCATAR

Cuando era pequeña, de Dios recuerdo que era Bueno, que yo quería estar con Él y estaba; que cavilaba que, si Dios estaba en el cielo y yo quería estar con él, yo quería estar ya en el cielo... Todo aquello pasó.

Pero antes hice la comunión, lo recuerdo como un día grandísimo, para lo pequeña que era tenía una conciencia muy grande de lo que sucedía. Por eso estaba nerviosa, muy nerviosa. Me dijeron en el colegio que a partir de ese momento tenía que ir a Misa todos los domingos, y me lo tomé muy a “pecho”; son contados los domingos que he dejado de ir a Misa hasta entrar en el monasterio, pero eso no quiere decir nada... ¡y quiere decir mucho!, porque cuando uno tiene el sello de Dios en el corazón, aunque no lo sepa, no se puede apartar de Él. Él no te deja.

En mi casa nunca me obligaron a ir a Misa. Mi madre me llevó a mí y a mis hermanas a la Parroquia cuando tenía diez u once años, pero en libertad. En la parroquia, poco a poco, iría descubriendo la Vida. Había muchos jóvenes que habían hecho Cursillos de Cristiandad. Gracias a ellos y después a muchísimas personas en



Muro exterior de la Catedral de Santiago de Compostela.

la Iglesia siempre he tenido una certeza y una intuición. La certeza: se puede ser feliz; la intuición: sólo conociendo a Cristo, la Iglesia, el amor. Hoy la intuición es certeza, y la certeza evidencia.

Al principio, iba a la Parroquia porque me lo pasaba bien, cantábamos, jugábamos, nos reíamos, íbamos de excursión, etc. Las catequesis me gustaban, pero la fe no me cogía la vida.

Cuando tenía dieciséis años, fui a un campamento donde el lema era: “Ama la vida y busca la felicidad”. Y aquello, aun sin saberlo, quedó grabado en mi corazón, como prueba de que yo había sido

feliz, que quería entregarme, que me sentía amada por Jesucristo.

A los pies de la Virgen de Covadonga, dije: “María, lo que Él quiera para siempre”. Claro, que yo entonces creía que lo que Él quería es que me casara y fuera siempre cristiana. Volví con un propósito inmenso de vivir aquello en Madrid y de convertir al chico con el que entonces salía. Los propósitos duraron poco, y el chico me fue “convirtiendo” a mí.

El fuego de esos quince días hizo que ese verano me “escapara” de la piscina a rezar, corriendo en cinco minutos, Vísperas. Sabía que era una oración que hacía toda la Iglesia, no estaba sola orando, y hasta me habían dicho que las monjas de clausura siempre rezaban, aunque a todos los cristianos se les olvidara. También cogí durante un tiempo gustillo por ir todos los días a Misa, pero aquello fue cayendo...

Hasta mucho tiempo después digamos que llevé una doble vida. Por un lado, en la Parroquia iba a catequesis, después me confirmé y empecé a dar yo catequesis. Desde que era niña, yo había querido ser como mis catequistas: testigos, alegres, valientes y felices; pero por otro lado, al salir de la Parroquia me quitaba “el traje” de cristiana que tan feliz me hacía, y hacía lo que me apetecía: fiestas, moda,

viajes, bebida... Yo en realidad sabía dónde estaba la Vida y la felicidad, pero simplemente te dejás llevar, para no ser distinta, por la imagen.

Hice COU y quería estudiar una carrera para ayudar a los demás (tenía vocación, y aunque yo no sabía nada, Dios va preparando tu corazón y poniendo en él una necesidad grande de amar). Quizá me podría ir de misiones. Por ese deseo empecé a estudiar Farmacia, pero “rota” por esa doble vida que te va minando, agotando, vas perdiendo la alegría...

Y así me encontró un día en la Parroquia mi madrina de Confirmación, que me dijo así de golpe: “Tienes que ir a un Cursillo de Cristiandad dentro de dos semanas”. Tanto insistió y me lo propuso de tal forma que no pude decirle que no, pero estaba convencida de que no iba a ir. ¿Quién estaba orando ya por mí?

Fueron pasando los días y yo iba pensando excusas, pero como tampoco me llamaba, pues yo tranquila, pensando que ya me lo había quitado de encima. Era mayo, cursaba segundo de carrera, tenía prácticas, tenía que estudiar y además, aunque mi madrina era de confianza y la conocía hacía muchos años, lo de Cursillos de Cristiandad ¡sonaba tan raro!

En esto estaba cuando me llamó a mi casa la “rectora” del Cursillo, yo no sabía ni

cómo reaccionar. ¿Iba en serio? ¿Le habían dado mi teléfono a una desconocida? ¿Ella daba por hecho que iba a ir! Pero... ¿Esto qué es?! Bueno, yo no sé ni cómo, pero a los pocos días me vi de camino en coche con mi madrina hacía Villalba.

Empezó el cursillo, me parecía todo tan extraño... pero me fié. La primera noche ya me di cuenta de que mi vida era un caos. ¿Dónde habían quedado los “sueños” de quinceañera? Quería volver a Él. Fueron días de gracia, sirvieron para estabilizarme, la frase que me tocó el último día me ha marcado en muchos momentos, es sencilla: “La más larga caminata, empieza siempre con un paso”.

Siempre me ha costado creer en la oración (¿quién iba a suponer que acabaría siendo contemplativa?), pero siempre recurría a ella en los momentos difíciles, sin poder hacer otra cosa. Experimentaba que era lo mejor que podía hacer por mí y por los otros, esa dimensión del Cursillo fue impresionante: ¡Cuánta gente rezando por nosotros! Sentí la comunión, viví la Iglesia, disfruté con cada Eucaristía, los rollos, la oración y la alegría.

En el Cursillo también conocí a un chico, empezamos a salir. Ese verano fuimos a la peregrinación de Santiago y la Semana Santa siguiente a la Pascua juvenil. Caminé un tiempo en la Ultreya de

Arturo Soria, y después en la Araucana; fui de campanillera a un Cursillo. Conocí gente muy grande, porque amaban a Cristo y me admiré de la fidelidad de muchos cursillistas mayores.

Para mí el Movimiento de Cursillos de Cristiandad ha sido una gran experiencia de Iglesia, ahí fui consciente por primera vez de algo que hoy para mí es fundamental y fue a través de una canción: “La Iglesia es el Cuerpo de Cristo que vive en la historia”, y en este Cuerpo fui testigo del actuar de Dios en sus creyentes, y en aquellos hombres que “como ovejas sin pastor” buscan el sentido de su vida y la encuentran precisamente ahí, en ese Cuerpo, Cuerpo de Cristo.

Después de años en Cursillos y al acabarse la relación con aquel chico, decidí dejar el Movimiento y continuar en la Parroquia. Me sorprendió enormemente la libertad y el apoyo que me prestaron. Realmente seguía viendo a mis hermanos cursillistas y había, y hay, una gran comunión. Aquel tiempo fue una siembra muy grande y una llamada a la coherencia de vida. Dios me llamaría a otra cosa que yo aún no podía ni imaginar.

Poco a poco volvía a esa doble vida, disimulaba mi condición de cristiana, jugaba a ser “normal”, buscaba el amor por caminos equivocados, pero al mismo

tiempo me horrorizaba la idea de verme encaminada hacia una vida burguesa; al imaginarme toda la vida trabajando en una farmacia, se me caía el mundo encima. Quizá podría ayudar más a los demás si pudiera ser enfermera.

Con no pocas dificultades me lancé a empezar otra carrera. Compaginaba las clases, las prácticas, el trabajo en una pizzería, las catequesis, las reuniones de catequistas, las salidas de fin de semana... Una hiperactividad exagerada.

Al contacto con el sufrimiento muchas preguntas se levantaron en mi cabeza: ¿Qué más da la salud física si no hay felicidad? Oraba por mis pacientes, era lo mejor que podía hacer.

En el segundo curso y en medio de ese caos, cuando tenía veinticinco años, hablé con un seminarista y le conté que no sabía hacia dónde iba mi vida, que no encontraba un sentido claro. ¿Qué iba a ser de mí?, me preguntaba. Él me dijo que me fuera de ejercicios espirituales. había ido muchas veces, pero para mí fue la voz de Cristo en su Iglesia. Me fié; no me apetecía nada, pero fui. Ahí me lo encontré todo.

Iba a encontrar ese Ideal de altura del que me habían hablado en Cursillos: Jesucristo. Un Jesucristo que me llamaba, que Él me miraba, que Él me esperaba,

que Él me amaba, en definitiva: que Él era el protagonista. Protagonista de una aventura en la que me invitaba participar: ¿Quieres ser fermento en la masa? ¿Quieres darte a ti misma y no dar tus cosas, tu tiempo, tu... ? Me sentía tan amada que no me podía resistir a dar todo a quien todo me había dado. Salí transformada, mi vida cambiaría totalmente, ¡todo se me caía de las manos! No me propuse nada, pero ya había cosas que no me apetecían, que no me hacían feliz, que me dolían.

Asaltó una idea a mi cabeza: yo no quiero ser monja. Algo dentro de mí me hacía intuir que aquello que yo viví con quince años en Covadonga, que lo feliz que fui en Cursillos, que lo que disfrutaba en todo lo relacionado con Dios, quería decir que tenía vocación. Yo decía: “Señor, lo que Tú quieras, por amor a Ti lo que sea, pero no quiero ser monja”. Me parecía que ser monja era una total renuncia, que Él te sostendría de alguna forma, pero que era todo sufrir y vivir en un continuo Calvario. ¡Qué horror!

Era el verano del 2000, y fui a la Jornada Mundial de la Juventud en Roma. Disfrutaba entrando en cada Iglesia, estando con Él, orando, también jugando, cantando, riendo, en comunión con todos. Las palabras de Juan Pablo II fueron

decisivas: “Todo lo que buscáis, todos los anhelos de bondad y belleza, la radicalidad que perseguís, todo se encuentra en Jesucristo”.

Volví con renovados deseos de ser de Él. Habían entrado algunas de mis hermanas en la que hoy es mi casa, me dejaron unas cintas con algunas canciones. Aún recuerdo la sensación al oírlas, pensaba: “La verdad es que tristes no parecen”. Cayeron en mis manos algunos testimonios de algunas hermanas, empecé a leerlos, no podía parar. No me lo podía creer, me sentía tan identificada. “Podría ser mi historia”, me decía yo. Eran chicas normales, ¡no es posible!...

Pero el Señor me había metido ya la curiosidad y la impaciencia en el corazón y me decidí a venir a conocerlas al monasterio. Llegué y vi y creí en la posibilidad de un milagro. Vi chicas normales, con rostros transfigurados. Vi belleza, vi amor, vi comunión. Me vi como en un espejo, algo saltó en mi interior, me moría de miedo. Mi corazón se había quedado aquí.

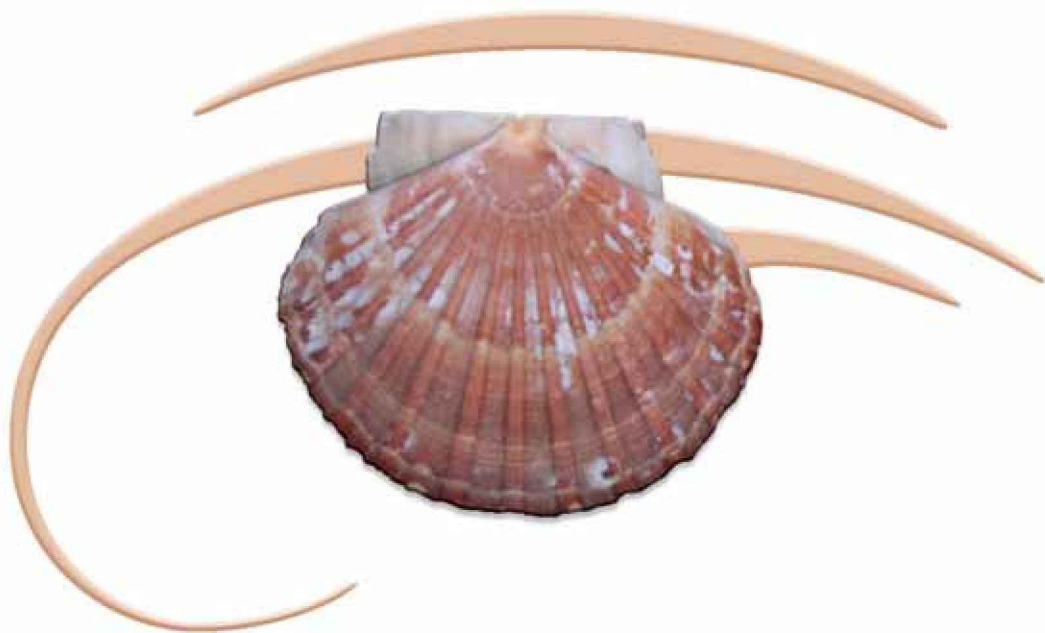
Volví varias veces y enseguida hice la experiencia. El miedo me paralizó y me vi incapaz. A partir de ahí pasaron dos años hasta que entré. Un año de tiniebla y vacío, y otro año de camino de vuelta.

En estos dos años, se me hizo patente el misterio de la oración, de cómo hay personas que dan su vida para que otros vivan. Que nuestra llamada es entrar en los corazones y gritar desde la oración: Jesucristo. Gritar: “effetá” (ábrete), como Cristo al sordomudo. Ábrete para que tu vida sea plena y feliz en Él, ábrete a la esperanza, ábrete en fe y podrás vivir la caridad. Sentí que, como decimos en una canción, “el regazo de una madre hizo renacer mi vida con sus ruegos”.

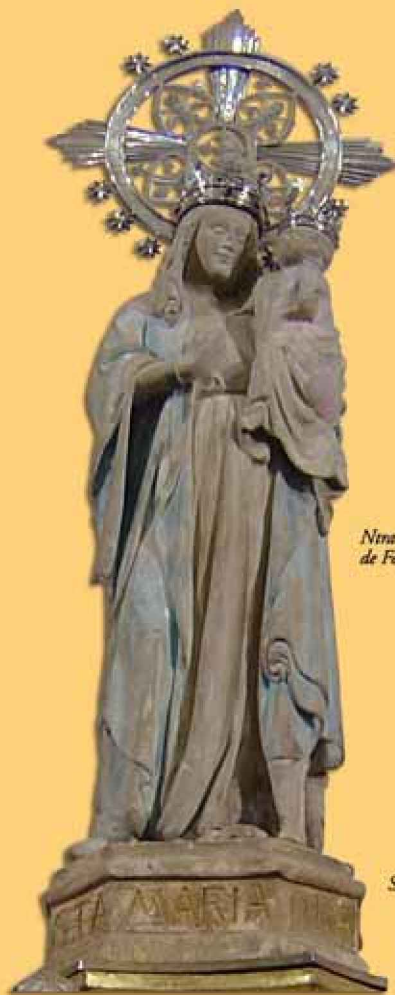
Y ahora sólo deseo que todos puedan creer para vivir en plenitud. ¡Rescatada en oración para rescatar!



Almudena Blanca,
Hermana Clarisa.



*Este libro se mandó imprimir el día 14 de Diciembre de 2004,
día de San Juan de la Cruz.*



*Nra. Sra. de San Salvador
de Felanitx*

*¡Ultreya possumus!
Sólo contigo afrontaremos todo
y porque lo queremos todo
no podemos dejarte jamás.
Cuenta, Reina, con nosotros.*

Sebastián Gayà Riera.



Sebastián Gayá Riera, sacerdote y canónigo de la catedral de Mallorca, ha desempeñado, por providencia de Dios, un singular papel en los orígenes y en la historia del Movimiento de Cursillos de Cristiandad. En 1944 fundó la Escuela de Propagandistas del Consejo Diocesano de los Jóvenes de Acción Católica, en cuyo seno se gestó, por un pequeño grupo de sacerdotes y seglares, encabezados éstos por Eduardo Bonnin Aguiló, lo que sería el Movimiento de Cursillos de Cristiandad. En 1947 fue designado por el Arzobispo-Obispo Dr. Miralles, Consiliario Diocesano de los Jóvenes, entre los cuales venía trabajando desde su misma ordenación. Al ser, a un tiempo, Canciller-Secretario del Obispado, durante todo el pontificado de Monseñor Hervás y contar con su absoluta confianza, se allanaron las dificultades que hubieran podido surgir ante un método entonces tan innovador. Él redactó la carta en la que el Obispo bendecía de antemano el primer Cursillo, cuya clausura estuvo orientada y presidida por don Sebastián. De él pudo escribir Monseñor Hervás que fue uno de los operarios de la primera hora, que ha trabajado durante la mayor parte de su existencia y con ejemplar empeño, como indispensable colaborador de quien fue su Obispo... "Después de su nombramiento como Consiliario Diocesano de los Jóvenes de Acción Católica y luego Secretario de la Curia se ha ido delineando muy claramente lo que había de ser la vocación principal de su vida: los Cursillos de Cristiandad". Al ser instituido el Secretariado Nacional de Cursillos de España, en 1962, el Director del mismo, Monseñor Hervás, por entonces obispo de Ciudad Real, solicitó de nuevo su colaboración como Vicedirector, y actualmente, tras innumerables servicios, continúa trabajando en Cursillos en el cargo de Viceconsiliario Nacional. En 1977 fundó, con un grupo de laicos, la segunda Escuela de San Pablo, integrada en el Secretariado Diocesano de Madrid.

